

Interludio en Darkknell

I

Timothy Zahn

—¿Senador Bel Iblis?

Garm Bel Iblis levantó la vista de su datapad, frunciendo el ceño con la sutil tensión del miedo previo a un discurso. El hombre que permanecía a la entrada era el director asistente del Centro Político Treitamma, sobre el que recaía la responsabilidad de suavizar todos los obstáculos que pudieran impedir el paso firme y robusto de un exaltado miembro del Senado Imperial.

O eso es lo que el caballero había explicado con gravedad a la llegada de Bel Iblis aquella tarde. Claramente, la reputación de Anchoron para el discurso florido y el decoro cortés había encontrado un punto focal allí, en el Treitamma.

Lo cual iba a hacer de lo más chocante la franqueza de su discurso aquella noche. La oscura verdad sobre el Emperador Palpatine y su secreta agenda para su recién establecido Imperio...

Sacudió brevemente su cabeza con fastidio. El Director Asistente Graskt aún estaba esperando pacientemente, y ahí estaba él divagando. Esto mostraba la seriedad con la que el discurso, y la situación que manifestaba, habían tomado el control de cada uno de sus pensamientos.

—Sí, Director Graskt, ¿qué ocurre? —preguntó.

—Un caballero de su personal acaba de llegar de Coruscant —dijo Graskt, dando un paso al frente y ofreciéndole una tarjeta de datos—. Me pidió que le entregara esto inmediatamente.

—Gracias —dijo Bel Iblis, sintiendo el hormigueo de su pelo en el cuello al tender la mano al otro lado del escritorio para tomar la tarjeta. Sena nunca le enviaría un paquete sin estar segura de que el mensajero tenía la frecuencia secreta de su comunicador. El hecho de que no hubiera recibido ninguna llamada relativa a tal llegada...

Deslizó la tarjeta en el interior de su datapad. No había nada salvo una única línea: “Reúnase conmigo en la salida noreste. Urgente. Aach.”

—¿Habrá mensaje de respuesta, Senador? —preguntó Graskt.

—No, eso es todo —dijo Bel Iblis; su larga experiencia en la arena política le permitía ocultar la súbita tensión de su voz y de su cara. Aach era el nombre en clave de un mensajero especial de Bail Organa, un mensajero que el Virrey de Alderaan sólo utilizaba para asuntos de alto nivel de la Alianza Rebelde.

—¿Le gustaría hablar con el caballero? —insistió Graskt—. Le pedí que esperara en la entrada principal.

—No será necesario —dijo Bel Iblis. Lo último que podía permitirse era dejarse ver en público junto a él. Además, Aach ya se habría escabullido por entonces para su reservada reunión—. Tendré tiempo de sobra para verle después de mi discurso.

—¿Entonces el mensaje no es signo de una crisis? —preguntó Graskt.

Bel Iblis sintió que la piel en torno a sus ojos se arrugaba, al tiempo que sus ojos se estrechaban ligeramente. Para alguien que se le había presentado con una doble ración de la tradicional cortesía anchoroni, Graskt mostraba repentinamente un entrometimiento poco característico.

A no ser que Aach hubiera sobredimensionado su influencia para asegurarse de que la tarjeta de datos era entregada. Pero eso no parecía probable. ¿Podría ser Graskt un espía de Palpatine para vigilarle?

Sintió cierta irritación. No, eso era absurdo. Probablemente el hombre sólo trataba de ser servicial.

—Para los empleados de medio nivel, cualquier boletín de noticias significa que una crisis debe estar ocurriendo en algún lugar —improvisó, concediendo a Graskt una sonrisa fácil—. Es suficientemente importante, pero difícilmente una crisis. Ciertamente, nada que merezca retrasar mi discurso. —Miró a su crono—. Lo que me recuerda que entro en escena en quince minutos, y aún tengo que cambiarme.

—Le dejaré para sus preparativos, entonces —dijo Graskt—. Buenas tardes, señor. —Se inclinó pronunciadamente y salió de la habitación.

Bel Iblis contó hasta cincuenta y entonces salió también. La salida noreste del Treitamma estaba separada del conjunto de habitaciones que había entre bastidores, a la izquierda del escenario principal, tan alejada de la bulliciosa entrada principal como era posible. Bel Iblis trató de tranquilizarse mientras bajaba silenciosamente las escaleras, alerta a los diversos empleados apresurándose a su alrededor, haciendo los últimos preparativos para la ronda de discursos de aquella tarde; salió sigilosamente al exterior.

Un deslizador terrestre estaba estacionado en el callejón del servicio, detrás del Treitamma, gris y mudo en la tenue luz de la tarde. De pie sobre el lado más alejado del vehículo estaba Aach, encogido en la escasa sombra que había, tratando de mirar en todas direcciones a la vez.

Bel Iblis cruzó el callejón hacia él, tratando de reprimir una mueca, y no precisamente triunfante. Esa mentalidad de “capa y cuchillo” iba a acabar con ellos.

—No estamos siendo demasiado evidentes, ¿verdad? —sugirió agriamente mientras rodeaba la delantera del deslizador y se detenía, situándose frente al otro.

—Su habitación de trabajo parecía demasiado pública para una reunión —respondió Aach, con una voz tan calmada como su cara—. ¿Hubiera preferido que me presentara en su habitación de hotel después del discurso? Eso podría haber resultado un poco embarazoso.

Bel Iblis sintió la contracción de sus labios. Desafortunadamente, embarazoso no era la palabra adecuada. Su esposa Arrianya, hija de las viejas familias del Mundo Núcleo, tenía una fe sin reservas y totalmente inquebrantable en Palpatine y su Imperio, una fe que primero le había asombrado, después desconcertado, y finalmente frustrado. El conflicto entre sus diferentes opiniones políticas había causado un enfriamiento de su matrimonio en los últimos meses, y había dejado a sus dos hijos en medio de lo que, con demasiada frecuencia, se convertía en un campo de batalla verbal.

El discurso que estaba a punto de pronunciar allí, en el escenario del Treitamma, ya iba a causar suficiente disgusto a Arrianya. Todo lo que necesitaba era que un oscuro mensajero de Bail se presentara en medio de su inevitable discusión posterior.

—¿Cuál es el mensaje? —gruñó.

En la tenue luz, vio que la boca de Aach se contraía.

—Lo siento, Senador. No quería decir...

—Lo sé —dijo Bel Iblis—. ¿Cuál es el mensaje?

Aach miró de nuevo a su alrededor.

—Ha habido un avance —dijo reduciendo su voz a algo más que un susurro—. Hemos localizado el proyecto de Tarkin.

Bel Iblis sintió que su garganta se secaba repentinamente.

—¿Dónde está?

—No lo sé —dijo Aach—. Todo lo que sé es que un mensajero estará en el tapcafé Continuum Void, en la ciudad de Xakrea, en Darkknell, dentro de tres días, con cierta información secreta sobre ello. Bail quiere que envíes a tu asistente de mayor confianza para encontrarse con él y recoger su datapack.

Mensajero. Bel Iblis echó un vistazo a su alrededor, sintiendo un mal sabor de boca. Se habría jugado el fondo del sabacc con el tres si ese supuesto “mensajero” era en realidad el ladrón que había robado el datapack en primer lugar. Una figura militar menor, muy probablemente, un soldado, o puede que un funcionario relacionado con el proyecto.

Y se habría jugado el fondo del sabacc con el dos si sus acciones no habían sido motivadas por algo tan desinteresado como el amor a la República.

—¿Y cuánto se supone que debo pagarle?

Aach vaciló perceptiblemente.

—Básicamente, Bail habló de darle todo lo que pidiera. Mire, necesitamos esa información...

—Sí, sí, entiendo —le cortó Bel Iblis—. Si no podemos tener honesto patriotismo, nos conformaremos con honesta codicia.

—Eso cambiará —prometió Aach, con un calmado fuego hirviendo en su voz—. En cuanto la agenda de Palpatine quede finalmente clara, tendremos a la República entera acudiendo en masa a nuestro lado.

—Me conformaría con el cinco por ciento de la Academia Imperial —dijo agriamente Bel Iblis. No era el momento para darle vueltas al exasperante talento de Palpatine para poner una venda sobre los ojos de la gente—. Bien. Hablaré con uno de mis agentes en cuanto termine con mi...

Y con un resplandeciente fogonazo, el Centro Político Treitamma estalló.

Bel Iblis yacía en el suelo cuando comenzó a recuperar la consciencia. Se encontró a sí mismo apoyado contra el muro del edificio del otro lado del callejón, junto a lo que quedaba del deslizador alzándose amenazadoramente frente a él. Tras el deslizador, donde antes se encontraba el Treitamma, ardía un andrajoso fragmento de muro, bañando toda la zona con un surreal resplandor de luz amarilla y humo negro elevándose hacia el cielo.

—¿Senador?

Bel Iblis parpadeó, levantando la vista. Aach se encontraba arrodillado sobre él, con una herida chorreando sangre en un lado de su cara.

—Vamos, Senador, tenemos que sacarle de aquí —dijo con urgencia, tirando de su brazo—. ¿Puede sostenerse en pie?

—Creo que sí —dijo Bel Iblis, juntando sus pies. De nuevo, echó un vistazo al edificio ardiendo, mientras Aach le ayudaba a ponerse en pie...

Y abruptamente, la bruma que cubría su mente pareció difuminarse.

—¡Arrianya! —gritó sofocadamente—. Aach, mi mujer y mis hijos...

—Ellos se han ido, Senador —dijo Aach con voz repentinamente maliciosa—. Y usted va a ser el próximo si no le sacamos de aquí inmediatamente.

—¡Déjame solo! —gruñó Bel Iblis, tratando de rechazar la mano de Aach y tambaleándose al tiempo que sus temblorosas piernas casi se desplomaban de nuevo—. Tengo que llegar hasta ellos. Déjame solo.

—No —exclamó Aach, agarrando con más fuerza el brazo de Bel Iblis—. ¿No lo ve? Usted es el único al que trataban de asesinar aquí.

Bel Iblis miró fijamente el ardiente edificio, con una sacudida de sufrimiento, vacío e ira imbricándose y atravesándole. No. No, no podía ser. Destruir un edificio entero, matar a docenas o incluso cientos de personas, ¿sólo para alcanzarle a él? Era una locura.

—Parece que utilizaron un detonador termal —dijo Aach, medio guiándole, medio arrastrando a Bel Iblis a lo largo del callejón, alejándole del destrozado deslizador—. Diseñado para echar abajo el Treitamma sin destruir el vecindario entero. Probablemente colocado en algún lugar cerca de su habitación de trabajo.

Y Arrianya y los niños estaban en el centro privado de refrescos charlando con el director jefe. A sólo dos habitaciones de distancia...

Habían alcanzado ya el final del callejón. A la vuelta de la esquina del derrumbado edificio, por todos sus flancos y su fachada principal, pudo ver que se había reunido ya una muchedumbre, con facciones indistinguibles a través del humo y el aire reverberante debido al calor. Sus gritos, apenas audibles sobre el rugido de las llamas, eran como una puñalada de dolor en su corazón.

—Por aquí —dijo Aach arrastrándole hacia un deslizador aparcado en un lado de la calle, con su extremo frontal arrugado y magullado por la explosión—. Puede tomar mi nave, yo regresaré a Alderaan de alguna otra manera. —Abrió la puerta y guió a Bel Iblis al asiento del pasajero.

Otra capa de bruma mental se aclaró de nuevo en la mente de Bel Iblis.

—Espera un minuto —protestó, con medio cuerpo aún fuera del vehículo—. Arrianya y los niños, no puedo abandonarlos.

—Tiene que hacerlo —dijo Aach con voz amarga pero firme—. ¿No me ha escuchado? Usted era el objetivo, Senador. Y aún lo es. Tenemos que llevarle a un lugar seguro antes de que se den cuenta de su fallo y lo vuelvan a intentar.

Cerró la puerta sobre Bel Iblis y se dirigió rápidamente al otro lado.

—Pero, ¿y si están vivos? —exigió Bel Iblis, buscando a tientas la apertura de la puerta al tiempo que Aach se situaba en el asiento del conductor—. No puedo abandonarlos.

—Están muertos, Senador —dijo Aach calmadamente, con el rostro en sombra al tiempo que se inclinaba hacia delante y se situaba bajo la pantalla de control—. Todo el que estaba en el interior ha muerto, por la explosión en sí o por el colapso del edificio. Quienquiera que envió Palpatine para hacer el trabajo fue muy minucioso.

Con una sacudida, el deslizador arrancó.

—Sí —murmuró Bel Iblis, mirando por última vez el edificio en llamas mientras Aach daba media vuelta al vehículo y lo dirigía en dirección opuesta, calle abajo—. Sin duda lo fue.

—Y no va a rendirse ahora —añadió Aach, desplazándose a un lado para despejar el camino de una flota de camiones deslizadores Extintores que se dirigían hacia el incendio. Un esfuerzo malgastado, pensó Bel Iblis, ya insensible, cuando pasaron. Nadie podía hacer nada ya—. Tendrá que pasar a la clandestinidad hasta que Bail y Mon Mothma puedan aclarar esto e identificar al responsable.

—Supongo que sí —dijo Bel Iblis. Sintió frío en su hombro izquierdo y, al mirárselo, vio que, en ese punto, la parte superior de su abrigo había sido arrancada completamente por algún fragmento de escombros volantes, del que no le había protegido el volumen del deslizador de Aach. Extraño; se preguntó por qué no lo había notado antes.

De pronto fue consciente del sereno silencio, y echó un vistazo para encontrar a Aach mirándole cautelosamente.

—¿Está bien, Senador? —preguntó el otro—. ¿Escuchó lo que dije? Tiene que marcharse a algún lugar y esconderse.

—Sí, te oí —dijo Bel Iblis; el dolor en su interior empezaba a dar paso a una negra e hirviente ira. En ese preciso instante, un momento congelado para siempre en el tiempo, Palpatine le había quitado todo lo que amaba. Su esposa, sus hijos, su carrera. Su vida.

Eso sí, todo excepto una cosa.

—Y estaré bien —continuó— cuando Palpatine esté muerto y sea restaurado lo que una vez fue la República.

—Comprendo —murmuró Aach—. Ahora es uno de los nuestros, Senador.
Bel Iblis frunció el ceño.

—¿De qué estás hablando? He sido parte de la Alianza Rebelde desde su formación.

—Pero estaba con nosotros por otras razones —dijo Aach—. Razones políticas, como el abuso de poder de Palpatine, o razones idealistas, como la erosión de la libertad individual o los prejuicios anti-alienígenas en el sistema legal.

Los músculos de su mandíbula se contrajeron brevemente.

—Ahora Palpatine le ha hecho daño a usted. No a otros, sino a usted. Ahora es algo personal.

Bel Iblis respiró profundamente.

—Puede que lo sea —reconoció—. Por otro lado, puede que eso sea exactamente lo que quiere: hacernos creer que estamos luchando por razones puramente personales.

—¿Qué hay de malo en eso?

—Que esa clase de batalla es conducida por la emoción —dijo Bel Iblis—. Al final, la emoción se apaga, y entonces tus razones para continuar la lucha desaparecen. —Tocó los bordes del agujero de su abrigo—. Pero nosotros no vamos a caer en la trampa. Puede hacerme lo que quiera, puede quitarme lo que le plazca. Yo seguiré luchando contra él porque es lo correcto. Punto.

Durante unos minutos, siguieron adelante en silencio. En el retrovisor, la cáscara ardiente se iba alejando tras los demás edificios de la ciudad, dejando sólo una colérica columna de humo de color negro anaranjado marcando la pira funeraria de su familia. De alguna manera, parecía terriblemente equivocado huir de esa manera, como si, accidental y caballerosamente, estuviera ignorando sus vidas y deshonorando su memoria.

Pero no. Ellos estaban muertos, y la deshonor de su sangre estaba únicamente en manos de Palpatine. Todo lo que le quedaba ahora era hacer lo que pudiera para prevenir la muerte de otros de forma tan violenta e inútil.

Y si se acercaban a la verdad los secretos rumores que había oído sobre ese proyecto de Tarkin, la Estrella de la Muerte...

—¿Has dicho que puedo tomar tu nave? —preguntó a Aach.

—Sí, siempre que se sienta con fuerzas para volar solo —dijo el otro—. De cualquier forma, estaba pensando en permanecer por aquí un día o dos.

—¿Por qué? ¿Para ver si puedes encontrar una conexión directa a Palpatine? —Bel Iblis negó con la cabeza—. Ya puedo decirte que perderás el tiempo.

—Es mi tiempo. ¿Hay algún lugar donde pueda esconderse por unos días?

—Hay un par de posibilidades —dijo Bel Iblis—. Pero primero tengo una cita en Darkknell.

—¿Darkknell? —Aach lanzó a Bel Iblis una mirada sobresaltada—. ¿Usted?

—¿Por qué no? —respondió Bel Iblis—. ¿Quién mejor para recoger el datapack que alguien a quien se supone muerto? Mi agenda ya no tiene sentido, ¿sabes? Y no tengo a nadie que me eche de menos si estoy fuera de escena durante unos días. Nadie.

—Pero... —Aach se resistió por un momento—. Señor, eso podría ser peligroso. Cualquier contacto con confidentes tiene ese potencial. No está entrenado para este tipo de trabajo sobre el terreno.

—Pasé mi temporada en el ejército —le recordó Bel Iblis—. Sé cómo manejar un bláster. Y también algo sobre disfraces. No me reconocerán.

—Pero...

—Además —le cortó Bel Iblis con tranquilidad— necesito hacer algo útil ahora mismo. Algo que me ayude a sacar de mi mente... lo que acaba de ocurrir ahí atrás.

Aach resopló suavemente con resignación.

—Muy bien, señor. Pero antes de su partida le daré una carta de presentación para alguien que conozco en Xakrea, con quien podrá contactar en caso de problemas. No tiene especial simpatía por la Rebelión, pero tampoco le hace gracia el Imperio de Palpatine. Tiene muchos contactos entre contrabandistas y otros tipos marginales en Darkknell, que le podrían venir bien si necesita salir del planeta apresuradamente.

—Podría ser —coincidió Bel Iblis, notando con cierta diversión triste que Aach se había abstenido cuidadosamente de mencionar el propio estatus de su amigo en la sociedad marginal. ¿Un contrabandista, o puede que un comerciante de objetos robados? ¿O algo incluso más indeseable?

Aunque si a eso iba, la Alianza Rebelde tenía ciertamente una buena fracción de personajes indeseables. A algunos les habría atraído la esperanza de rápidos beneficios, aunque éstos probablemente habían quedado desilusionados en tiempo record. Pero otros se encontraban entre los luchadores más tenaces y efectivos de la Alianza.

—¿Confías en él?

Aach se encogió de hombros, algo incómodo.

—Creo que sí, siempre que no le presione demasiado ni le haga muchas preguntas. Ni le diga quién es ni para quién trabaja. De cualquier forma, me debe un par de favores.

—Ya veo —murmuró Bel Iblis—. Siempre reconforta tener aliados.

—Incluso podría ir con usted —ofreció Aach, con una clara nota de reticencia oculta bajo sus palabras—. Se supone que me iba a dirigir de vuelta a Alderaan. Dadas las circunstancias, sé que Bail lo entendería.

—No —dijo firmemente Bel Iblis—. Sin duda, Bail te necesita en otro lugar, y yo puedo hacer esto por mí mismo. Sólo ayúdame a salir de Anchoron, y después sigue tu camino.

Aach dudó, y entonces asintió con la cabeza.

—Muy bien, Senador. Si insiste...

Bel Iblis miró por el retrovisor, con su vista atraída de mala gana hacia la turbulenta torre de humo negro que surgía por detrás. La conmoción estaba empezando a pasar, y una miríada de pequeñas heridas y punzantes dolores comenzaban a hacerse sentir a través de su cuerpo.

Pero nada de eso podía acercarse lo más mínimo al amargo dolor de su corazón. Arrianya y los niños...

—Sí —dijo con tranquilidad—. Insisto.

El hombre sentado solo a la mesa, al otro lado del concurrido tapcafé, era rubio y de estatura bastante reducida, con los ojos como dardos, y la crispada boca de alguien que estaba donde no quería estar. No era mucho más que un niño, en realidad, lo que podría explicar su incomodidad en una ruin cueva de laxitud como el Continuum Void.

Por otro lado, su estirada espalda tenía cierto aire del ejército Imperial, y si había una apuesta segura en esta galaxia, era que militares y tapcafés raramente necesitaban ser presentados formalmente.

Moranda Savich sorbió su bebida de color azul pálido, haciendo una mueca ante su extraño sabor picante; siguió estudiando al niño incluso cuando se reprendió a sí misma por permitir que sus pensamientos se desviaran de esa forma de su objetivo. Después de todo, la única razón que la había llevado a Darkknell estaba en que aquello no era Kreeling, Dorsis o Mantarran. El Inspector Hal Horn de la Seguridad Corelliana ya le había seguido la pista y la había ahuyentado de todos esos planetas, y muy probablemente continuaría su racha ganadora localizándola allí también. Cuanto antes averiguara una manera sigilosa de salir de aquella roca, más posibilidades tendría de permanecer por delante de él hasta que se rindiera y se fuera a casa.

Resopló suavemente. Ni soñarlo. Horn no iba a rendirse, al menos no mientras ella estuviera viva. Era de esa clase de hombres, totalmente irritantes, que hacen cumplir la ley, que combinan la amenaza de incorruptibilidad con el fastidio de no saber cuándo abandonar.

Al otro lado del tapcafé, el niño deslizó una mano bajo el lado izquierdo de su chaqueta al tiempo que echaba un vistazo a su alrededor. La segunda vez que había hecho eso en los últimos diez minutos, advirtió Moranda. Debía ser algo de lo que tenía que asegurarse que aún estaba ahí...

¡Para! Se ordenó a sí misma severamente. Ella estaba en fuga, y no era momento de vacilar por dinero. Provocar a los locales por algún motivo sería completamente contraproducente, especialmente si les provocaba lo suficiente como para que la atraparan con especia, mercancías, o cualquier cosa que el niño llevara y que le estaba poniendo tan nervioso.

Él alzó su copa hacia sus labios, dando medio giro para lanzar una mirada hacia la puerta del tapcafé, su novena comprobación de este tipo desde que Moranda le estaba observando. Al hacer esto, su chaqueta se estiró momentáneamente contra el objeto de su bolsillo, permitiéndole a ella vislumbrar brevemente su forma. Era cuadrado, ligeramente más grande que una tarjeta de datos, pero considerablemente más grueso.

¿Un datapack? Podía ser. Probablemente con entre seis y diez tarjetas, a juzgar por el grosor, reunidas en una cubierta protectora.

Moranda removi6 el licor azul de su vaso pensativamente. Bien, veamos. Un datapack implicaba una perspectiva muy diferente de las cosas. Cualquier policía u operario de seguridad conocía la especia y otros artículos de contrabando a la vista, al olfato o al gusto; pero un simple y aparentemente inocente datapack era un asunto completamente distinto. Era algo que cualquiera podría llevar, algo que incluso el estúpido más suspicaz tendría que esforzarse mucho para probar que no era de su propiedad desde el principio.

Más aún, probablemente era algo que valía dinero duro y frío. Y dinero era lo que necesitaba si quería salir de allí por delante del Inspector Horn y su puñado de órdenes de arresto corellianas.

Sólo quedaba una cuestión: cómo arrancarle el datapack a su nervioso dueño sin ser atrapada.

El símbolo luminoso que señalaba las estaciones sanitarias se encontraba sobre la pared del lado más alejado de la mesa del niño. Rellenando su bebida con la jarra, ella se levantó y caminó en esa dirección,

confiriendo un titubeo ligeramente ebrio a sus movimientos. Con un único vistazo casual mientras se paseaba ante él, percibió que su chaqueta estaba cortada en estilo Preter, con un profundo bolsillo interno situado a cada lado, bajo el inicio del brazo. Posiblemente abrochado por arriba, pero no seriamente sellado, seguramente. Aunque con el joven encorvado sobre la mesa de la manera en que estaba, la única manera de llegar al datapack sería conseguir que se quitara la chaqueta, al menos parcialmente.

Pero eso era aceptable. Disfrutaba con los desafíos.

Las estaciones sanitarias eran como el resto del Continuum Void: viejas y más que ligeramente destartadas. Encerrándose en una de ellas, dejó la bebida sobre la repisa, de bordes desvencijados, y se puso al trabajo.

Las pequeñas baldosas que forraban la estación eran el primer objetivo.

Sacó su cuchillo y, haciendo palanca, levantó dos de ellas de la pared, y las recortó al tamaño de una tarjeta de datos. Bajo el troquelado había una capa del panal de baja calidad que servía como filtro de aire pasivo en lugares de bajo nivel como ese; una doble capa del mismo intercalado entre ambos troquelados sumaba el grosor requerido. Con uno de sus diáfanos pañuelos de color negro envolvió levemente el paquete para mantenerlo unido, y había acabado. El objeto no se parecía en nada a un datapack, pero era del tamaño, forma y peso adecuados. Con la conveniente distracción, los movimientos correctos, y se puede que un poco de suerte, debería funcionar.

Tras rebuscar en su riñonera un aislado cigarro que llevaba sólo para tales ocasiones, lo encendió y lo sostuvo entre dos dedos de su mano derecha, agarrando su vaso de licor con la punta de los dedos de la misma mano. Entonces, con el datapack señuelo oculto como mejor podía en su mano izquierda, abrió la puerta y se dirigió hacia la sala principal del tapcafé.

El niño no se había movido durante los pocos minutos que ella había estado ausente, ni había hecho su aparición el contacto que, obviamente, estaba esperando. Sosteniendo discretamente su datapack señuelo en el costado, con un evidente balanceo en su manera de andar, inició su marcha a través de la multitud rumbo a su mesa, dirigiéndose esta vez hacia el estrecho hueco situado detrás del niño. Esquivó a un Barrckli borracho, lanzó una dura mirada de advertencia a un barbudo pastor de nerfs que miró como si estuviera empezando a tener ideas sobre ella, y pasó tras el niño.

Y con una repentina sacudida, como si hubiera tropezado, cayó pesadamente contra el respaldo de la silla del niño, y salpicó con el contenido de su vaso el extremo encendido de su cigarro, por encima de su chaqueta.

El licor se inflamó con un apagado susurro dando lugar a una bola de fuego pequeña pero muy satisfactoria.

—¡Cuidado!” gritó Moranda, dejando caer vaso y cigarro sobre el suelo y agarrando el borde del mantel por encima del hombro del niño. Tiró de él, esparciendo vasos y platos en todas direcciones, y lo llevó, pasando por un flanco de su cabeza, hacia las llamas que bailaban en la espalda de la chaqueta del chico. Simultáneamente, tiró de la solapa izquierda con la punta de los dedos de su mano izquierda. Como respuesta, él movió hacia atrás su brazo de forma refleja, dándole a ella la tranquilidad necesaria para arrancar la radiante prenda del dorso de su cuello.

Y mientras ella golpeaba vigorosamente las llamas, ya menguantes, con el mantel, su mano izquierda se introducía en el bolsillo interior de la chaqueta, extrayendo el datapack y dejando el señuelo en su lugar.

—Cuánto lo siento —repetía ella una y otra vez con la más avergonzada de sus voces, golpeando aún con el mantel los hombros del niño, a pesar de que el fuego ya estaba apagado, al tiempo que deslizaba el botón al interior de su riñonera, tras su tarjeta de datos—. Lo siento terriblemente. Me torcí el tobillo y... ¿Estás bien?

—Estoy bien, estoy bien —gruñó el niño, girándose hacia la derecha y agarrando el mantel—. Ya está apagado, ¿verdad?

—Oh, sí —le dijo ella, dando un último golpe en su espalda antes de dejar que le arrebatara el ahora arrugado mantel—. Cuánto lo siento. ¿Me permites comprarte una bebida?

—No, olvídalo —dijo él, apartándola con la mano y tratando de girarse un poco más. ¿Tratando de verla con más claridad?—. Únicamente márchate y déjame solo.

—Por supuesto —dijo Moranda, relajándose al tiempo que fingía recolocar la chaqueta sobre los hombros de él, permaneciendo justamente fuera de su visión. Por el rabillo del ojo, vio su mano deslizarse bajo su chaqueta hacia el bolsillo. Los dedos escudriñaron la forma del señuelo y se retiraron, aparentemente tranquilizados—. Cuánto lo siento.

—Márchate —repitió él, empezando a sonar algo enfadado. Claramente, no le gustaba concentrar toda esa atención sobre él.

—Sí, por supuesto —Moranda se alejó por su lado izquierdo y, mientras él giraba la cabeza en esa dirección, tratando aún de ver su cara con claridad, ella le dio la espalda y se dirigió hacia su mesa a través de la multitud.

Llegó allí, pero no se sentó. El comprador del niño podía llegar en cualquier momento, y ella no tenía ninguna intención de estar por los alrededores cuando él sacara triunfante el señuelo de su bolsillo. Dejando el precio de su bebida sobre la mesa, se dirigió desgarrada hacia la puerta y salió al picante aire de Darkknell. Era momento de encontrar un lugar agradable y tranquilo para ocultarse durante un tiempo y ver lo que había ganado.

Bel Iblis miró fijamente al joven rubio a través de la mesa del tapcafé, con una sensación de irrealidad golpeando su cerebro y el pulso palpitando con fuerza en su cuello.

—¿Qué quieres decir? ¿Lo has perdido? —reclamó en voz baja—. ¿Cómo se puede perder un datapack entero? ¡Especialmente del bolsillo de tu propia chaqueta!

—No use ese tono conmigo, amigo —gruñó el otro, con sus ojos moviéndose rápidamente alrededor de la sala medio vacía—. Y si insinúa que estoy tratando de elevar mi precio, más le valdría pensarlo de nuevo. Asumí un enorme riesgo al obtener ese material y traerlo aquí. Un enorme riesgo. No me siento más feliz que usted por que haya desaparecido.

Bel Iblis tomó aliento cautelosamente, tratando de contener su creciente ira. Puede que él no fuera un operario de campo Rebelde como Aach, pero sabía cómo leer a las personas, y tanto la cara como la voz del joven tenían la resonancia de la verdad.

Lo que significaba que ambos quedaban en una posición increíblemente peligrosa. En el momento en que la ladrona se diera cuenta de lo que había encontrado...

—¿Hay alguna manera de que puedan rastrearlo hasta ti? —preguntó con calma.

El joven resopló en su taza.

—Seguro, si realmente quieren tomarse la molestia. Conociendo la reputación de Tarkin, probablemente lo harán.

—Entonces tenemos que recuperarlo.

El niño resopló de nuevo.

—Puede ir a buscarlo debajo de las piedras si quiere. En cuanto a mí, me ocultaré entre las hierbas más altas mientras pueda.

—Huye ahora y sabrán con seguridad que fuiste tú quien filtró los datos —advirtió Bel Iblis.

—Como si eso importara —replicó el otro severamente, apurando su taza y devolviéndola a la mesa con un golpe innecesariamente ruidoso—. Ella no va a ponerse a deliberar tanto tiempo, ¿sabe? En cuanto lo entregue, el puerto espacial será bloqueado con firmeza mientras la gente de Tarkin se despliega por todo el planeta. Si quiere esperar a que eso ocurra, allá usted. —Se levantó—. Mientras tanto, diviértase y olvide que me ha visto.

Caminó a través de la sala y desapareció tras la puerta.

—Lo intentaré —murmuró Bel Iblis. Tomando un sorbo de su taza, intentó pensar.

Porque su compañero de bebida estaba equivocado. El ladrón no entregaría su botín a las autoridades con tanta facilidad. Alguien suficientemente frío como para sustraer un datapack en medio de un atestado tapcafé sería también suficientemente frío como para intentar sacar beneficio de su adquisición. Y eso significaba vender el datapack.

Lo cual sólo dejaba la cuestión de cómo convencerla para venderlo a la Alianza Rebelde en lugar del Imperio.

Pescando algunas monedas de su bolsillo, las dejó caer sobre la mesa, junto a su taza, y se dirigió a la puerta. Una cosa era cierta, él solo no iba a ser capaz de localizar a la ladrona en una ciudad del tamaño de Xakrea. Eso significaba que necesitaba a alguien con contactos en la población marginal del planeta; y eso significaba conectar con el contacto local de Aach.

Esperaba que ese hombre debiera a Aach muchos favores.

La sala era pequeña, oscura y exigua, en fuerte contraste con las brillantes luces, las volutas y el costoso lustre que era la norma en el resto del Palacio Imperial. Causaba impresión a la mayoría de los no iniciados que entraban allí, e incluso aquellos que sabían qué esperar pasaban invariablemente sus primeros minutos ajustando sus ojos y mentes al contraste.

Y eso era precisamente lo que Armand Isard quería. Las personas fuera de balance eran personas vulnerables, y la vulnerabilidad era una de sus cualidades favoritas en enemigos y aliados sin distinción. Pues los aliados, después de todo, no eran más que personas que aún no habían vivido hasta dejar de ser útiles para el Imperio, el Emperador y el mismo Isard.

Invariablemente, todos ellos terminaban haciéndolo.

Su comunicador emitió un sonido metálico.

—¿Director Isard? —la voz de su asistente salió del altavoz—. El Agente de Campo Isard ha llegado.

—Que pase —ordenó Armand, permitiéndose una engreída sonrisa. Que él supiera, no había muchos hombres con hijas que se hubieran entregado de forma tan voluntariosa y sacrificada a la línea de trabajo de su padre como había hecho su Ysanne. Una excepcional agente de Inteligencia ya, había demostrado una y otra vez un vigor y crueldad en la persecución de los enemigos del Imperio que habría avergonzado incluso a algunos Moffs.

Una actitud que, afortunadamente, estaba sólidamente asentada en la competencia, el ingenio y la eficacia. En la mente de Armand, nada era más despreciable que un ansioso agente de Inteligencia de quien pudieran burlarse contrabandistas y Rebeldes.

La engreída sonrisa se desvaneció. Inteligente y eficaz, seguro. Pero iba a necesitar hasta la más pequeña de sus habilidades si quería salir de esta.

La puerta se abrió.

—¿Me has llamado? —dijo Ysanne gravemente desde la puerta.

—Siéntate —dijo Armand en el mismo tono, sintiendo otro destello de orgullo mientras le señalaba una silla. Sobra decir lo que podría haber implicado tal reconocimiento, con la subyacente sugerencia o invitación de tratamiento preferencial, en el caso de otra persona. En esa sala, en ese edificio, ella era un agente y él era su director, y esa era la totalidad de su relación—. Tengo un importante trabajo para ti.

—¿Cómo de importante? —preguntó ella mientras descendía con gracia sinuosa hacia la silla.

—En tu caso, podría lanzar tu carrera —dijo él—. Aunque en el caso de muchos otros, podría destruirla.

Los ojos de ella titilaron perceptiblemente. Tenía la ambición de la familia Isard, la misma ambición que había encumbrado al mismo Armand.

—Cuéntame más.

Armand seleccionó una tarjeta de datos entre un montón que se encontraba sobre su escritorio.

—Un datapack de ocho tarjetas ha sido llevado a Darkknell —dijo él, deslizando la tarjeta hacia ella, a través del escritorio—. Este datapack debe ser recuperado a toda costa.

—¿Punto de origen?

—El sistema Despayre —dijo Armand, observando atentamente su cara.

Una vez más, el breve destello en los ojos de Ysanne le mostró que las sospechas que mantenía desde hacía tiempo eran correctas. A pesar de los procedimientos de seguridad más rigurosos, Ysanne se las había arreglado de alguna manera para saber sobre el proyecto de la Estrella de la Muerte, incluso hasta el punto de conocer el lugar donde estaba siendo construida.

—Así pues, comprendes la seriedad de la situación —continuó—. En estas circunstancias, difícilmente puedo declarar el estado de emergencia en todo el Imperio y bloquear el sistema Darkknell con un anillo de Destruidores Estelares.

—Ciertamente, no por un proyecto que ni tan siquiera existe oficialmente —coincidió Ysanne, casi sin pensarlo—. Supongo que eso significa también que no vas a enviar una completa fuerza de Inteligencia conmigo. —Sus cejas se alzaron ligeramente—. ¿O hay algo más en todo esto? ¿Es este robo algo personal?

Armand hizo una mueca.

—Suficientemente personal —admitió—. Al sospechoso le fue entregada una acreditación de seguridad por uno de mis socios cercanos, un alto rango de nuestro departamento que se encontrará en serios problemas si no conseguimos recuperar el datapack antes de que caiga en manos de la Alianza Rebelde. O antes de que lo recupere algún otro miembro de Inteligencia.

Ysanne tomó la tarjeta de datos.

—¿Está aquí el expediente del traidor?

—Del sospechoso de traición, sí —dijo Armand—. Junto con varios posibles Rebeldes que podrían ser enviados para recogerlo.

Ysanne asintió con la cabeza.

—Así pues, quieres que recupere el datapack, confirme la identidad del traidor y capture al agente rebelde. ¿Es así?

Armand reprimió una sonrisa. La famosa confianza de la familia Isard...

—O, de todo eso, todo cuanto puedas conseguir en el tiempo que tendrás —dijo—. He ordenado el bloqueo de los puertos espaciales de Darkknell, pero dudo que las autoridades locales sean capaces de mantenerlos así durante mucho tiempo. Recuerda que recuperar el datapack es la parte más importante del trabajo.

—Entonces más vale que empiece ya —dijo ella, deslizando la tarjeta de datos en un bolsillo de su túnica—. Supongo que no hay problema en que lleve conmigo a uno de mis matones.

—Si lo necesitas —dijo Armand—. Asegúrate de que sea alguien en quien confías, y no le informes de lo que realmente estás buscando.

—Por supuesto que no —dijo ella, levantándose—. ¿Solicitarás una nave mensajera para mí?

—Ya está preparada —le dijo Armand—. Adiós y buena suerte.

Ella le concedió una lánguida sonrisa.

—Los Isard construyen su propia suerte —le recordó suavemente—. Me mantendré en contacto.

Hal Horn suspiró marcadamente cuando el oficial de la Agencia de Defensa de Darkknell ojeó la tarjeta de identificación, permisos de viaje y autorizaciones que había traído consigo. Según le parecía a Hal, todos los miembros de la burocracia xakreana habían estudiado esos mismos archivos con tal intensidad que aparentaban estar digitalizando los datos y cargándolos directamente en sus cerebros. Había venido a Darkknell, y específicamente a la ciudad de Xakrea, porque la legendaria atención al detalle y odio al desorden de los oficiales locales les convertía en aliados naturales en su búsqueda de Moranda Savich.

Ahora no estoy tan seguro, pensó. Echó una ojeada a aquel pequeño y liviano individuo.

—Creo que verá, Coronel Nyroska, que todos mis archivos están en orden. Realmente, lo único que quiero es que dé una alerta que ponga a su gente a buscar a mi objetivo en caso de que intente abandonar el planeta.

Los oscuros ojos de Nyroska se estrecharon.

—Por supuesto se da cuenta, Inspector Horn, de que no tiene absolutamente ninguna jurisdicción aquí.

—Eso lo sé, pero...

—Y aunque nosotros estamos dispuestos a cooperar con nuestros compañeros agentes de la ley, hace ya tiempo que se acabaron los días de los vigilantes Jedi viajando aquí y allá, persiguiendo villanos y emitiendo severos veredictos en el mismo momento y lugar. Los días de la justicia de sable de luz han terminado.

—Lo comprendo, Coronel. —Hal se giró parcialmente a un lado, para que su altura y volumen no parecieran amenazar al xakreano. En cuanto a sus normas, entregué mi bláster cuando tomé tierra y no llevo ningún arma encima.

—Encomiable, Inspector. Y creo que es bueno que permanezca con ropas civiles, para que su presencia no pueda ser malinterpretada. —Nyroska presionó un botón de su datapad, expulsando la tarjeta de datos que contenía los documentos de Hal. Jugó con ella durante un momento y entonces se la ofreció al coreliano—. Su presa, esa Savich, ¿no es un criminal violento? Nada en sus registros indica que lo sea.

—No, señor. Sólo es buena sustrayendo objetos de valor a los incautos.

—¿Una ladrona, por tanto?

—De las mejores.

Nyroska se levantó abruptamente, deslizándose hacia atrás su enorme silla. La silla y el gran escritorio habían ayudado a empequeñecer a Nyroska, pero eso no era demasiado complicado. *¡Es incluso más pequeño que Corran!* Hal archivó el detalle para utilizarlo la próxima vez que su hijo se quejara de su baja estatura. El Coronel señaló con su mano hacia la puerta de la oficina.

Hal parpadeó.

—¿Eso es todo?

—Realmente no tenemos nada más que discutir.

—¿Y qué hay de poner en alerta a los controladores de los puertos espaciales?

Nyroska le mostró una suave sonrisa mientras rodeaba el escritorio y apoyó su mano sobre la región lumbar de Hal.

—Mi querido Inspector Horn, nuestros controladores están ya en alerta. Recibimos una petición de las autoridades imperiales para que estuviéramos al acecho de agentes rebeldes que vendrían aquí. Usted ha sido testigo de nuestra minuciosidad, se ajustaba al perfil que se nos dio. Como puede imaginar, este asunto imperial nos está haciendo perder mucho tiempo. Añadiré el nombre de esa tal Savich a nuestra lista de detención pero, a no ser que pueda vincularla a los rebeldes, será una preocupación secundaria.

Hal cerró sus ojos por un momento y espiró lentamente. En los últimos años, la galaxia se había puesto patas arriba, tanto que le costaba reconocerla. Las autoridades imperiales estaban obsesionadas con la Rebelión y, aunque se podían encontrar simpatizantes de los rebeldes por todas partes, en Corellia se habían descubierto muy pocos agentes rebeldes. Había oído rumores de que Garm Bel Iblis había tenido conexión con la Rebelión, pero consideraba la mayoría de estos rumores como un normal efecto colateral de la política. *Y con Bel Iblis muerto, de ninguna manera puede defenderse ya contra tales mentiras.*

Con todo, aquellas mentiras habían contribuido a marcar a Hal y a cualquier otro coreliano como un potencial agente rebelde. Mientras las autoridades a las que había acudido en busca de ayuda para encontrar a Moranda Savich le estaban examinando, ella podía haber estado danzando entre montones de naves dirigidas a puntos desconocidos. En otra época, agarrar a alguien de su reputación habría hecho saltar de gozo a un hombre como Nyroska, pero al concentrar el Emperador cada vez más energía en la Rebelión, las prioridades se habían desplazado.

—Me resultaría muy fácil mentirle, Coronel Nyroska, y decirle que es ella el agente rebelde que está buscando. —Hal negó lentamente con la cabeza—. No lo es. Al menos, no conozco ninguna conexión rebelde que pueda tener.

—Gracias por su honestidad, Inspector.

Hal se detuvo en la entrada y le miró arqueando una ceja sobre un ojo color avellana.

—¿No esperaba honestidad de un corelliano?

—Todo lo que espero de usted es respeto a nuestras normas, Inspector. —Nyroska se encogió de hombros con inquietud—. En estos días nunca espero honestidad, de nadie.

El corelliano pensó durante un momento, y entonces asintió con la cabeza.

—Tengamos esperanza en un regreso a los viejos tiempos, cuando aquellos que perseguíamos realmente cometían crímenes. Gracias por su ayuda. Cuando la encuentre, se lo haré saber.

Ysanne Isard miró con furia a Trabler mientras su asistente salvaba finalmente el control de Inmigración.

—¿Qué te ha retrasado?

Él encogió sus voluminosos hombros.

—Comprobación de perfil, supongo.

Ella estuvo a punto de exclamar que no debía asumir nada, pero se contuvo. Había elegido a Trabler para acompañarla a causa de su inquebrantable lealtad al Imperio, y porque recordaba la manera en que arrancó la cabeza a un preso ithoriano con sus propias manos. *Está aquí por sus músculos, nada más. Hará lo que le diga cuando se lo diga. El pelo rubio y el origen corelliano de su identidad tapadera han tropezado probablemente con el sistema xakreano de perfiles. Su tendencia a ser excesivamente minuciosos sólo nos retrasará, razón por la cual no quiero ningún contacto oficial con ellos.*

—No importa. Traen ya nuestro deslizador. ¿Estás seguro de poder navegar?

Trabler asintió una sola vez.

—He estudiado los mapas locales, y siempre tengo mi datapad como apoyo.

—Bien. —Ella tomó la delantera hacia la salida del puerto espacial y se encontró con un hombre situado junto a un deslizador de alquiler. Llevaba una señal que decía “Glasc”, el sobrenombre fingido por ella. Ella y Trabler se dirigieron hacia él, se identificaron y tomaron posesión del vehículo. Mientras Trabler se deslizaba al asiento del conductor, ella tomó su plaza en la parte trasera.

Isard encendió su datapad. “Tengo archivos sobre la población marginal de Xakrea y estoy obteniendo actualizaciones a través del comunicador mientras los locales marcan sus archivos. Como los rebeldes buscarán refugio sin duda entre esa escoria, buscaremos ahí también. Nuestra presa querrá alterar su identidad, y sólo hay unos cuantos lugares que ofrecen tales servicios aquí. Empezaremos inspeccionándolos.

—Como desee, Agente Especial Isard.

—Únicamente hay una dirección en la calle Ryloth Este y otra en el paseo Palpatine. ¿Cuál está más cerca?

—Ryloth, al parecer. —Trabler la miró a través del espejo—. ¿Es esa su prioridad, por tanto?

—En efecto. —Ella sonrió fríamente ante el reflejo de sus ojos—. Cualquiera que le pueda haber vendido una nueva identidad nos lo venderá a nosotros. Vamos, tenemos muchas compras que hacer hoy.

Hal dio las gracias al conductor del aerotaxi y elevó al doble la tarifa que le había cobrado.

—Sí, aquí es. 24335 de la calle Ryloth Este, justo donde quería llegar.

El devaroniano miró a su alrededor el sórdido barrio y se dirigió a Hal de nuevo.

—Ryloth Oeste se ajusta más a usted, amigo.

Hal negó con la cabeza y señaló con un pulgar la tienda de curiosidades.

—Arky es un viejo amigo. —Mostró al taxista un conspirativo guiño—. Nunca me viste, ¿eh?

—Entiendo, compañero. Nunca te vi.

El corelliano salió del taxi y dio un portazo. Observó cómo arrancaba, y entonces pasó por encima de una pila de basura y se dirigió derecho a la puerta de transpariacero de la tienda. La inscripción pintada sobre la puerta revelaba que la tienda era el Emporio de Tesoros Olvidados de Arky; Hal se figuró que la mayoría de ellos estaban olvidados por estar sepultados bajo capas de polvo. Todos los artículos expuestos en el escaparate estaban decolorados por el sol y agrietados, invitando difícilmente al viandante a aventurarse al interior.

Y no es que tengan demasiados viandantes por aquí abajo, pensó Hal. Abrió la puerta y escudriñó rápidamente el lugar. El único cliente aparte de él echó una rápida mirada en su dirección cuando la puerta vibró al abrirla Hal. Entonces se dio la vuelta y pareció muy interesado en impedir que Hal consiguiera mirar a su cara. Ese comportamiento habría sido captado por Hal como algo extraño, pero el cliente estaba probablemente tomando ejemplo de la manera en que Arky había palidecido al reconocer a Hal.

—Seb Arkos, qué sorpresa. —El oficial de la Fuerza de Seguridad Corelliana mantuvo su voz leve—. Lo último que recuerdo es que habías ganado un viaje a Kessel con todos los gastos pagados.

Seb Arkos resopló. Era tan alto como Hal, pero tenía una constitución esqueléticamente delgada que se correspondía con el reumático refunfuñar que subrayaba sus palabras.

—Sí, bueno, la minería del brillestim no es lo mío. Estas fuera de tu rango, ¿no es así, agente?

—Me duele, Arky. Vengo hasta aquí para verte y todo lo que obtengo es hostilidad. —Hal se paseó por la tienda, encontrando sólo una colección de basura. Estuvo a punto de hacer un comentario sobre ello, pero recordó la habilidad de su esposa para meterse en ese tipo de lugares y rescatar tesoros de ellos—. ¿Negociar con antigüedades es ahora lo tuyo, o aún falsifican estas delicadas manos los mejores documentos de identificación y transporte de la galaxia?

Una sonrisa traicionó a Arky durante un segundo, y entonces frunció el ceño.

—Trato de mantener limpia mi nariz.

Hal elevó sus manos abiertas.

—Eh, los fisgones locales no son amigos míos.

—¿Pero estás buscando a un amigo?

—Alguien sobre quien siento lo mismo que siento sobre ti, Arky. —Hal deslizó de su bolsillo un holograma estático de Moranda Savich y lo encendió para el falsificador—. Moranda Savich. ¿La has visto?

—¿Moranda Savich? —El raquítico hombre golpeó con un huesudo dedo contra su barbilla—. ¿Moranda Savich?

Hal señaló con un pulgar al otro cliente de la tienda.

—¿Quieres que empiece a preguntar a tu clientela?

Los ojos de Arky se ensancharon, transmitiendo el pálido azul una sacudida de temor.

—No, no hay necesidad de eso. La vi por... ya sabes, lugares.

—¿Contratando tus servicios?

El falsificador negó con la cabeza.

—No, no me ha pedido que falsifique nada para ella.

Hal captó un indicio de engaño en el tendero.

—No intentemos cortar la verdad demasiado fina. Ella te ha hablado de sacarla ilegalmente de esta roca, ¿verdad? ¿Y tú imaginaste que, en el proceso, la engañarías con unos documentos de datos limpios?

Los ojos del cadavérico hombre se estrecharon, y un mechón de pelo blanco cayó sobre su frente.

—Bien, bytes exactos, sin ningún bit manipulado. Estuvimos hablando. Ella quiere marcharse, y tú eres el motivo. Está insistiendo mucho.

—¿Y me vas a permitir saber cuándo será la próxima vez que te encuentres con ella?

Arky levantó la cabeza.

—Mira, Horn, sabes que yo no entro en ese juego. Tú me engañaste para unirme a Booster y a los otros en Kessel, pero yo no les traicioné, ¿verdad? Fui leal a mis compañeros.

Hal se encogió de hombros y cruzó los brazos sobre su pecho.

—Bien. Puedo quedarme aquí esperando para siempre. Tú y yo seremos socios de negocios. Yo seré tu socio callado, e inspeccionaré a todo el mundo, al menos hasta que tú decidas no seguir callado.

Arky le miró frunciendo el ceño, y entonces se pasó una mano bajo la nariz.

—Vale, quizá ella iba a venir por aquí. Pronto, puede ser.

El inspector de la Seguridad Corelliana asintió con la cabeza.

—No está mal. Puedo esperar.

—Fuera, ¿eh?

Hal echó una mirada desde Arky hasta el otro hombre que había en la tienda, y entonces vio a una mujer aproximándose a la puerta.

—Por supuesto. De cualquier forma, parece que esto estará pronto abarrotado. Esperaré fuera. Ella no me verá y nunca sabrá que fuiste tú.

Al otro lado de la calle, oculta en las sombras de un callejón, Moranda Savich golpeó una mano abierta contra el muro. Seb Arkos había sido el único agente de las sombras que había estado dispuesto a hablar con ella. La prohibición imperial había atemorizado a todos los demás. Por supuesto, no hay que ser un genio para saber que un corelliano expatriado no sería lo suficientemente listo como para tener miedo a los imperiales. Las autoridades locales estaban tan mal gobernadas y tan exageradamente reguladas que

tenían que rellenar kilobytes de formularios de datos antes de poder utilizar un bláster. Muy distinto al rumor sobre los imperiales, que sostiene que obtienen pagas extra por ahorrar al estado los costes de un juicio.

Ella quería salir de Xakrea lo antes posible, y encontrarse con Seb Arkos la tarde anterior había parecido un perfecto golpe de suerte, suerte que ahora se había agriado. Al dirigirse hacia su tienda para hacer sus preparativos, quién no iba surgir de un aerotaxi sino Hal Horn, tan grande como la vida y tan malditamente cerca para su comodidad.

Lo más cerca que había conseguido hasta entonces. Un minuto más tarde la habría atrapado en esa tienda. Ella se permitió una media sonrisa. *Bien, no toda mi suerte es mala.*

A Moranda no le había llevado mucho tiempo juntar unas cuantas piezas de puzzle a medida que se desarrollaban los acontecimientos en Xakrea. Había utilizado su datapad para echar un vistazo a las tarjetas que había sustraído, pero estaban encriptadas. Aunque no era una pirata informática, conocía unos cuantos trucos y fue capaz de determinar que los archivos habían sido codificados con fuertes rutinas de encriptado imperiales. Dado que había ocho tarjetas en el conjunto, imaginó que debían ser algunos archivos militares bastante extensos, siendo los archivos militares la única cosa que se correspondía con la conducta del mensajero. Los únicos que querían archivos militares imperiales serían los enemigos del Imperio, es decir, la Rebelión. La prohibición imperial en el puerto espacial estaba relacionada con una búsqueda de rebeldes, lo que confirmaba sus sospechas.

Esto la conducía a un problema completamente nuevo, que convertía a Hal Horn en un decidido asunto secundario. Moranda había oído rumores sobre la Rebelión, había transmitido algunos y se había asombrado ante otros, pero en general se mantenía lejos de verse involucrada. En su línea de trabajo, la cara de la moneda no importaba mucho realmente, sólo importaba el hecho de que la moneda estuviera ahí y pudiera ser sustraída. Cualquier gobierno vería con malos ojos su manera de ganarse la vida, ya fuera imperial, local o aquello que los rebeldes instalaran. *Esa gente se preocupa por las leyes, mientras que yo me preocupo por evadirlas.*

Tener un datapack repleto de secretos militares imperiales podría ser interpretado fácilmente por las fuerzas imperiales y locales como signo de que era una rebelde. No sabía si eran ciertos o no los rumores sobre lo que hacían los imperiales con los rebeldes capturados, pero habría preferido una prolongada estancia en Kessel a lo que había oído. Retener el datapack no era una buena idea, y ella lo sabía. Y, seguía diciéndose a sí misma, iba a deshacerse de él a la primera oportunidad.

Pero ahí seguía su carga, en el bolsillo de su chaqueta, golpeando contra su cadera al agacharse. Sabía que alguien pagaría una buena cantidad por las tarjetas, y ese dinero la llevaría a lugares en los que Hal Horn ni siquiera podría soñar con encontrarla. Ella no consideraba que retener las tarjetas fuera una apuesta arriesgada en tanto hubiera un balance. En ese momento, el riesgo no era demasiado grande, pero en cuanto las cosas se desequilibraran, podía deshacerse de ellas.

Justo, eso es lo que voy a hacer.

Su burlona sonrisa murió cuando una mujer salió de un deslizador un poco más allá en esa manzana. La placa frontal de matriculación tenía un código de alquiler, y parecía demasiado nuevo para estar en esa parte de Xakrea, a no ser que fuera conducido por algún idiota buscando desarmarlo en pedazos. La mujer habló al conductor, y entonces empezó a recorrer la calle en dirección a la tienda de Arky.

Aunque la mujer llevaba ropas civiles, Moranda sabía que era imperial, claramente de Centro Imperial, y eso significaba que pertenecía muy probablemente a la Inteligencia Imperial. El corte de sus ropas marcaba su punto de origen, y la arrogante manera en que elevaba su barbilla al pasar ante un indigente brilladicto que yacía contra un edificio la marcaba como imperial. *Y va derecha a Arky, lo que significa Inteligencia, y eso significa que estoy en apuros.*

Ysanne Isard arrugó su nariz ante el denso olor de la tienda. Recorrió con un dedo una estatua felina tallada en madera de toal ithoriano, y entonces sacudió sus manos una contra otra para eliminar el polvo de su dedo. Mientras, hizo un rápido balance de la tienda y de los tres hombres que había en ella. Reconoció a Seb Arkos por un archivo de su datapad. Los otros dos hombres parecían irrelevantes hasta que el más grande, que hablaba con Arkos, la miró.

Horn, de Corellia. Seguridad Coreliana, si el archivo que se me ha transmitido es correcto. Se la hizo extraño que un recién llegado a Xakrea viniera tan rápidamente a un conocido punto de contacto rebelde. *A no ser que, como Bel Iblis, él sea también un rebelde.* Frunció el ceño. Nada en el archivo de Horn indicaba simpatía rebelde, e Isard recordaba difusamente a su padre como un miembro bien situado de la Seguridad Coreliana, uno que había sido alabado por su diligencia en la caza de Jedi.

Ella se giró para examinar una mugrienta arpa de mentón weequay, sabiendo perfectamente que jamás funcionaría sin el correspondiente martillo de cuerdas, y se acercó a la boca el comunicador. Con un susurro, ordenó a Trabler traer el deslizador a la puerta de la tienda. A través de la ventana, captó un indicio de movimiento cuando él cumplió con su orden, así que guardó el comunicador en su bolsillo y caminó con elegancia hacia Hal Horn.

—¿Inspector Horn? Soy Katya Glasc, de la Seguridad Especial de Darkknell.

Una sonrisa afloró en la cara de Arkos.

—¿En problemas, Inspector?

Horn negó con la cabeza.

—No, en principio. ¿Lo estoy, Agente Glasc?

Aunque de estatura ligeramente menor a la de Trabler, Horn tenía una poderosa constitución y una tonelada más de inteligencia en sus ojos color avellana de la que Trabler pudiera soñar. Llevaba su pelo castaño prudentemente corto, lo que revelaba pelos grises creciendo en sus sienes. Adivinó que él era media docena de años mayor que ella, y que era alguien que se veía a sí mismo como un buen hombre. *Lo que significa que puede ser útil o muy peligroso.*

—Eso depende. Su identificación, por favor.

Horn sacó cuidadosamente del interior de su chaqueta una tarjeta de datos, que Isard introdujo en su datapad. Echó un vistazo a su información y asimiló las autorizaciones; entonces asintió y le devolvió la tarjeta.

—Quería asegurarme. Por favor, perdone las precauciones. Su investigación, puede que tengamos una oportunidad... —Levantó la cabeza y frunció el ceño—. Puede que este no sea el lugar para discutir este tipo de cosas. Si no le importa, tengo un deslizador esperando en el exterior...

Horn la miró cautelosamente.

—¿Han encontrado a Savich?

—Hemos encontrado evidencia de su presencia. Me sentiría más cómoda explicándoselo en el exterior.

—Enganchó una mano a través de su codo izquierdo, apoyándola ligeramente, lo suficiente como para ser interpretado como una invitación, y no como una orden.

El corelliano asintió lentamente.

—Su mundo, sus reglas. —Se dio la vuelta y apuntó con un dedo al tendero—. No me falles, Arky.

—Por supuesto, Horn. —El delgado hombre se burló ruidosamente—. La tendré aquí esperando para ti. Ya lo creo.

Garm Bel Iblis reprimió un escalofrío cuando Isard condujo a Hal Horn al exterior de la tienda. Bel Iblis había sido tan cuidadoso en su camino a la tienda de Arkos que, cuando Horn entró en ella, estuvo seguro de que había sido atrapado. Arkos había reconocido al inspector inmediatamente y había murmurado en voz baja, "Por los huesos negros del Emperador, la Seguridad Corelliana, aquí." Bel Iblis se había preparado para no saltar cuando Horn le atrapara, pero el hombre únicamente había pasado ante él sin más que un mero vistazo.

Cuando Horn atacó verbalmente a Arkos, Bel Iblis empezó a relajarse. Aún no tenía ninguna evidencia de que alguien estuviera buscándole, o de que alguien pensara que aún vivía. El anonimato de la muerte le dio una oportunidad para operar sin vigilancia, pero no tenía idea de cuánto duraría eso. Esperaba que Arkos pudiera proporcionarle un buen juego de documentos que le permitiera continuar su búsqueda del ladrón en Darkknell y, posiblemente, actuar incluso como negociador de un intercambio.

Hasta le parecía posible a Bel Iblis que Horn pudiera ser un agente rebelde enviado a Darkknell por Bail Organa y Mon Mothma para recuperar el datapack, ya que ninguno de ellos sabía aún que él estaba con vida y en disposición de obtenerlo por sí mismo. No tenía ni idea si Horn era un rebelde; Bel Iblis admiraba el eficaz sistema de células que se había establecido para negar ese tipo de información a todos excepto a aquellos que necesitaban conocerla. Dudó, casi preparado para desvelar su identidad a Horn, pero la dirección del interrogatorio del agente de la Seguridad Corelliana le hizo contenerse.

El Senador se encontró a sí mismo sonriendo secretamente mientras Horn se trabajaba a Arkos. Una de las cosas más molestas de ser un senador de Corellia era ocuparse de la reputación que tenía su sistema para sus contrabandistas. Bel Iblis y la mayoría del resto de corellianos eran buena gente, pero se les juzgaba por su asociación con otros. Aunque Bel Iblis no conocía a Hal Horn, conocía a muchas personas como él, que trabajaban duro para hacer de Corellia un lugar mejor. Su admiración por la dedicación al deber de Horn le provocó su sonrisa.

La llegada de Ysanne Isard destruyó su sonrisa de nuevo. Bel Iblis sólo se había encontrado con ella una vez, en una recepción imperial. Ella se encontraba en los brazos de su padre. Bel Iblis detestaba a Armand Isard. Un pequeño hombre con ojos de hierro y nervuda celeridad que hacían sentirse torpe a Bel Iblis, Armand Isard había localizado y destruido células rebeldes, tanto reales como imaginarias. Su hija, con sus desiguales ojos de fuego y hielo, había heredado la resolución de su padre y, lo que es peor, había desarrollado una devoción personal por el Emperador. Su presencia en Darkknell significaba que el robo original había sido descubierto y que Armand Isard no estaba ahorrando esfuerzos para devolver el datapack a manos imperiales.

Un escalofrío penetró en los huesos del Senador al darse cuenta de que Armand Isard había dado sin duda la orden que asesinó a su familia y casi le asesinó a él. Sus manos se cerraron en puños, pero no arremetió contra ella; no rompió la cara a Ysanne Isard con todas sus fuerzas, aunque lo deseaba furiosamente. *No, ni siquiera matarla heriría a su padre, y tampoco herirle a él es el objetivo de esto. El datapack que está buscando, eso ayudará a derrocar al Imperio. Si conseguimos eso, nunca más habrá lugar, ni un Armand Isard, ni un Emperador para herir al pueblo.*

Controlando su ira, Bel Iblis se giró para ver cerrarse la puerta tras Isard y Horn.

—Bien, Arkos, se nos está escapando el tiempo que tenemos para acabar con nuestro asunto. Deberíamos concluirlo antes de que el Emperador en persona se pase por aquí, ¿no crees?

Moranda Savich vio cómo el deslizador bajaba la calle e iba a parar delante de la tienda; sintió como si una mano estuviera apretando en torno a su corazón. Había gastado mucho tiempo tratando de hacer lo mejor que podía para evitar el escrutinio imperial, pero eso no significaba que se permitiera permanecer ignorante de sus enemigos. Como norma, los agentes de la Inteligencia Imperial lanzaban una amplia telaraña cuando perseguían a un objetivo. El hecho de que ella pudiera ver a la araña en el centro de esa tela significaba que otras fuerzas la estaban cercando.

Y eso significa que yo soy atrapada en posesión de un manjar de primera categoría. De nuevo, el impulso por deshacerse del datapack estuvo a punto de abrumarla. Alcanzó su bolsillo para cogerlo, y entonces notó que la ventana del conductor del deslizador se introducía en la puerta. La mole de un conductor miró a su alrededor, y entonces se miró a sí mismo en el espejo retrovisor. Su vanidad, que a ella le parecía muy humana, la sacó de su pánico y se le ocurrió un plan.

Extrajo el datapack de su bolsillo, lo abrió y sacó las ocho tarjetas de datos. Las apiló una encima de otra y las dispuso contra la parte de atrás de su datapad. Incorporándose, se colocó la chaqueta en su lugar, y entonces avanzó audazmente hacia el deslizador. Consultó un par de veces el mapa en su datapad, miró a su alrededor y dejó que una desconcertada expresión contrajera su frente.

Se había aproximado hasta una distancia de unos tres metros antes de que el conductor advirtiera su presencia, y por entonces ella estaba encendiendo su datapad ante él.

—Perdone. Creo que me he perdido. ¿Puede ayudarme, por favor?

La expresión del hombre se relajó.

—Sí, supongo que sí.

Moranda se inclinó y le sonrió ampliamente. Se cambió el datapad de la mano izquierda a la derecha y lo empujó al interior del vehículo, introduciéndolo hacia el datapad que él tenía montado en el receptáculo del salpicadero.

—Nuestros mapas parecen diferentes.

El conductor estudió el mapa de ella, tomando el datapad en sus manos, y después el suyo propio. Moranda cruzó sus brazos y dejó deslizarse las tarjetas de su mano izquierda que, una a una, iban cayendo en el hueco de la ventana del deslizador. Tosió levemente para cubrir los mínimos chasquidos que producían al caer; estaba bastante segura de que el conductor tomaría cualquier sonido que oyera por chasquidos de las teclas del datapad.

El conductor le devolvió su datapack.

—Vea, esta es la calle Ryloth Este. Su mapa mostraba la calle Ryloth Oeste. Estaba a cinco kilómetros de distancia, así que no podía saber dónde se encontraba.

—Oh, muchas gracias. —Moranda estudió el datapad, y entonces negó con la cabeza y sonrió—. No puedo expresarle la gran ayuda que me ha prestado.

Se alejó del vehículo y se fue por donde había venido, resistiendo valientemente las ganas de romper a reír. *Tiene la presa que ha venido a buscar a diez centímetros y no tiene la más mínima idea.*

Incapaz de evitarlo, Moranda dio la vuelta en medio de la calle, pensando en dar las gracias al hombre de nuevo. Al girarse, levantó la vista y cruzó su mirada con la de Hal Horn.

Ver a Moranda Savich ahí, en mitad de la calle, brincando como una niña, impactó a Hal Horn. Empezó a moverse tras ella, pero la mano de la mujer de la Seguridad de Darkknell se hizo una garra en su brazo. Moranda ya se había dado la vuelta y había empezado a correr cuando Hal miró a su acompañante.

—Se está escapando.

—Trabler —exclamó la mujer—, a por ella.

La puerta del conductor del deslizador situado frente a la tienda se abrió y surgió un hombre descomunal. Hal sabía que era descomunal no sólo porque sobresalía por encima del techo del deslizador,

sino también porque sus masivas zarpas empequeñecían el bláster que sacó del interior de su chaqueta. Hal lo reconoció como un Penetrador Luxan, preferido por muchos por ser fácilmente ocultable y por la seria potencia que encerraba. La mayoría de los modelos ni siquiera tenían una configuración de aturdimiento y eso, combinado con un frío sentido de letalidad que emanaba del hombre, indujo a Hal a actuar.

Tomó unos segundos para concentrarse, y entonces usó un truco que su padre le había enseñado hacía mucho tiempo, antes de las Guerras Clon y de que llegaran los cazadores de Jedi. Presionó su consciencia contra la mente Trabler. Vio a través de los ojos de Trabler, observando cómo el Penetrador se elevaba y apuntaba a la espalda de Moranda Savich. Observó cómo Trabler la rastreaba durante un segundo y supo que ella nunca alcanzaría a tiempo la seguridad del callejón.

Utilizando la Fuerza desde su interior, proyectó una borrosa imagen de Moranda en la mente de Trabler.

El dedo de Trabler apretó el gatillo. Surgió un rayo rojo-dorado y alcanzó a Moranda en el hombro justo cuando llegaba al callejón. Hal escuchó su grito y la vio caer en una pila de escombros. Comenzó a dirigirse hacia ella, pero Isard le sujetó de nuevo.

Hal retiró su brazo de un golpe.

—¿Qué está haciendo? Está abatida, muerta o seriamente herida. Necesito comprobarlo.

Los ojos de la mujer se estrecharon y, aunque su color no coincidía, sí lo hacía el veneno que encerraban.

—Haremos que los locales la encuentren y la lleven al depósito de cadáveres. Tenemos asuntos más importantes que atender.

Hal frunció el ceño, deseando poder obtener una sólida lectura de la mujer. Su uso de la Fuerza le había dejado algo agotado; había pasado demasiado tiempo desde que había hecho algo tan activo, y estaba tremendamente desentrenado. Como resultado, ni siquiera podía captar la amenaza que suponían los ruidos de Trabler cuando el hombre se volvió y apuntó su bláster hacia Hal.

—¿Qué está pasando aquí?

La cara de Glasc se endureció.

—No se lo podía decir ahí dentro, pero tenemos un agente rebelde suelto y necesito su ayuda para localizarlo.

—Mire, me sacó aquí diciendo que me ayudaría con mi caso, y ahora su hombre ha asesinado a mi sospechoso. No estoy aquí para cazar rebeldes.

La barbilla de ella se elevó.

—Pero es leal al Imperio, ¿no es así?

—Sirvo a la Seguridad Coreliana para mantener el orden, así que sí, soy leal al Imperio.

Ella dejó que su expresión se suavizara y su voz se redujo a un conspirativo susurro.

—Hay miembros de la Seguridad Especial de Darkknell que no lo son, razón por la cual mi búsqueda se está complicando. Tengo que confiar en alguien externo a mi propio servicio, usted, para conseguir algún progreso. Sé que esto es poco ortodoxo, pero seguramente usted también ha recurrido antes a métodos inusitados para hacer avanzar sus casos.

—A veces, pero no veo que esto sea de mi incumbencia, realmente. —Hal negó con la cabeza—. El motivo por el que estoy aquí yace en un montón de escombros ahí delante.

—O eso podría parecer, pero el rebelde que estamos buscando estuvo involucrado en el asesinato del Senador Garm Bel Iblis y su familia. —La voz de la mujer se hizo muy solemne—. En el discurso que iba a dar aquella noche iba a denunciar a la Rebelión. Le asesinaron para que eso no pudiera ocurrir. Pensaba que usted, un coreliano, podría querer ayudarnos a encontrar a este asesino.

Hal se estremeció y sintió que su carne se arrugaba. Al igual que no podía creer el modo casual en que Trabler había disparado a Moranda Savich, pues nada en su expediente justificaba la muerte como castigo, la idea de un terrorista que matara a cientos de personas sólo para eliminar a un hombre le llenaba de repugnancia. *Si el asesino de Bel Iblis está aquí, debe ser encontrado y llevado ante la justicia. Bel Iblis era de Corellia. Es una deuda para mí ayudar a encontrar a su asesino.*

El inspector de la Seguridad Coreliana asintió.

—Bien, acepto. —Apuntó un dedo hacia Trabler—. Pero nada de disparar primero, ¿entendido? Si su sospechoso asesinó a Bel Iblis, queremos que hable y que nos conduzca a los demás involucrados en la Rebelión, ¿bien?

Glasc asintió, y entonces abrió la puerta trasera del deslizador.

—Después de usted, Inspector Horn. Con su ayuda, nuestra presa no escapará.

Mientras el deslizador se alejaba rápidamente, Bel Iblis se precipitó al exterior de la tienda y corrió al otro lado de la calle. Había visto el absurdo asesinato de la mujer y pensó que no habría cuestionado la verdad de alguien que informara de que Ysanne Isard había ordenado tal cosa, pero verlo desarrollarse ante él era enteramente distinto. Al alcanzar la boca del callejón vio sangre y, por un momento, imaginó seguir el rastro y encontrar a su esposa al final de él.

No, ella se ha ido. Pobre Arrianya, moriste por una causa en la que ni siquiera creías. Bel Iblis ahogó el nudo que subía por su garganta, y entonces miró hacia el interior del sombrío callejón y vio a la mujer desplomada contra un muro. Su mano derecha colgaba inerte en su costado; la manga de la chaqueta estaba empapada en sangre. Un cigarro colgaba de la comisura de su boca, y estaba tratando de encender un mechero con su ensangrentada mano izquierda.

La mujer le examinó y sonrió.

—¿Tiene fuego, compañero?

Entonces sus ojos se pusieron en blanco y colapsó.

El senador corrió hacia ella y se arrodilló a su lado. La única virtud de ser disparado con un Penetrador es que el minúsculo disparo forma un agujero limpio. Bel Iblis vio una fea herida de entrada y una salida más pequeña en el lado delantero de su hombro. Se quitó su propio abrigo y envolvió con él las heridas; entonces la levantó en sus brazos y emprendió el regreso a la tienda de Arkos.

Se le ocurrió que la última mujer que había sostenido en sus brazos de esa manera había sido su esposa, en una fuga de aniversario varios años antes. Había sido un tiempo maravilloso, un escape de las presiones de su profesión y de las obligaciones de ella, y se habían dicho que lo harían de nuevo, pronto. Muy pronto.

La expresión de Bel Iblis se endureció. *La perdí ante el Imperio. No voy a perder a nadie más.* Dado el rumbo que tomaría probablemente la Rebelión, sabía que esa resolución nunca se detendría. *Bien, al menos no perderé a esta mujer. No es salvar a la galaxia, pero es salvar la parte de ella que puedo, y eso está bien por ahora.*

Levantó la vista al tiempo que Arkos mantenía abierta la puerta de la tienda.

—Necesitamos alguna ayuda médica para ella, ahora. Esa mujer era Ysanne Isard, recién salida de Centro Imperial y empleada por la Inteligencia Imperial.

—Si ella está aquí... —El terror estranguló la voz de Arkos.

El senador habló con voz de acero.

—Permanece a mi lado, Arkos. Ella no es invencible; pasó junto a mí, recuerda, y pescó a alguien que nada tiene que ver con nuestro asunto. Conserva tu cabeza y todos conservaremos la nuestra.

Arkos pensó por un momento, y entonces asintió rápidamente.

—Tiene razón. Gracias.

—Sin problema. Dejemos que las cosas se sucedan. —Bel Iblis sonrió—. Llegará un punto en que Isard se dé cuenta de que necesita volver aquí y completar sus asuntos contigo. Por entonces, quiero que esté hecho todo lo que necesitamos, y que la única cosa que quede aquí para ella sea nuestra carcajada ante su metedura de pata.

El encuentro de Hal Horn esa tarde con la Agente Glasc y su asistente, Trabler, le dejó una cosa perfectamente clara. Esos dos, tan eficientes como podían ser como investigadores, no eran parte de la Seguridad Especial de Darkknell, ni siquiera de lo que ellos podían llamar su departamento interno de investigaciones. *Tienen toda la arrogancia que esperaría de la división Isk-isk, pero ésta sólo se muestra a polis de conducta hutt, no a civiles.*

Glasc había llevado a Hal de un lugar a otro, proclamando que cada uno de ellos era un presunto punto de contacto rebelde. La mayoría eran pequeños y sórdidos agujeros como la tienda de Arky, pero un par de ellos eran de mayor nivel y situados hacia la zona oeste de Xakrea. La tienda de caf *gourmet* donde Hal y Trabler habían esperado en el exterior, a cada lado de la entrada, era uno de los lugares más prósperos. Hal había disfrutado del rico aroma de esa pequeña tienda, y había aceptado con reticencia esperar en el exterior mientras la propietaria llevaba a Glasc a su despacho privado para discutir.

Hal arqueó una ceja hacia Trabler.

—Es difícil de creer que la propietaria piense que no nos ajustamos a la clientela.

El gran hombre frunció el ceño, provocando que sus rubias cejas se besaran por encima de su nariz.

—¿Cree que parecemos rebeldes?

La hostilidad se derramaba a través de la voz de Trabler y Hal estaba perfectamente contento de que su sensibilidad a la Fuerza estuviera algo fatigada, ya que eso le había ahorrado toda la fuerza de la ira descargándose del individuo.

—Tranquilo, amigo mío. No pretendía sugerir eso en absoluto. Sabe tan bien como yo que la etiqueta rebelde probablemente ha sido arrebatada por la otra tienda de caf a la vuelta de la esquina. Los clientes aquí parecen demasiado prósperos para ser rebeldes.

—¿Eso cree? —resopló fríamente—. Se sorprendería de la elevada situación de algunos rebeldes. Aunque, por otro lado, puede que no se sorprendiera.

—¿Qué insinúa?

—Que uno nunca puede estar seguro de quién se ha cambiado de bando. —Trabler sonrió a medias—. Los Mundos del Núcleo tienen su puñado de rebeldes, cierto, pero los bordianos tienen más.

—Interesante punto.

Hal permitió que un par de mujeres que salían de la tienda le protegieran de Trabler. La última vez que Hal había oído usar la palabra “bordiano”, había disuelto una pelea en un tapcafé corelliano donde un local había reducido a pulpa a alguien de Centro Imperial por aplicarle tan insultante término. No hay demasiados habitantes del borde que se apliquen esa palabra a sí mismos.

La puerta se abrió de nuevo y apareció la agente Glasc. Estaba embadurnando un pañuelo blanco contra una mancha oscura de su blusa gris.

—Era una inútil. Se puso a lloriquear sobre evasión de impuestos, pero no sabe nada de la Rebelión, ni de la trama contra Bel Iblis.

Trabler echó un vistazo a su datapad, y entonces señaló calle abajo.

—El Continuum Void es el siguiente en la lista. Está por ahí.

Hal tomó la delantera y encontró a Glasc situándose rápidamente junto a él.

—¿La propietaria no reaccionó a ninguno de los hologramas que le mostró?

Glasc negó con la cabeza.

—Ignorante, completamente ignorante, al igual que su personal. Lugares como ese afirman traer lo último de la cultura Imperial a Darkknell, pero no es más que lo que creen que se lleva en el corazón del Imperio. Quiero decir, Corellia es un Mundo del Núcleo. ¿Cree que el coche combinado corelliano es el tipo de cosa que bebería en casa?

—Bueno, no, pero eso es porque en la Seguridad Corelliana lo preparamos lo suficientemente fuerte como para usarlo con fines medicinales. —Hal se encogió de hombros—. Cuando me tomo una temporada en el borde trato de impedir que los indígenas y sus costumbres me alcancen, ¿sabe?

—Es usted muy tolerante, Inspector Horn.

Hal sonrió.

—Intento serlo.

El hecho de que Glasc no reaccionara en absoluto cuando él se refirió a los ciudadanos de Darkknell como “indígenas” o a su estancia en el planeta como “temporada en el borde” le confirmó claramente que ella no era la local que pretendía ser. Un local no habría dejado de reaccionar, tanto como Moranda no podía dejar sus cigarrillos. *Algo no va bien aquí, y no tengo ganas de soportar lo mal que vaya a ir.*

Trabler se adelantó y abrió la puerta del atestado tapcafé. Hal descendió el trío de escalones hacia el piso de servicio, y entonces se abrió camino, pasando junto a una mesa de bulliciosos devaronianos. Quería alcanzar la barra antes que Glasc. Consiguió retrasarla golpeando ligeramente en el hombro a un devaroniano. Cuando éste giró la cabeza para ver quién le había tocado, un cuerno enganchó la túnica del uniforme de Glasc, ralentizándola.

Hal observó a un pequeño hombre que llevaba una etiqueta identificándolo como el encargado y se movió para interceptarle antes de que el individuo pudiera dirigirse a una puerta que introducía en una oficina marcada como “Privado”.

—Soy el Inspector Horn; estos son los Agentes Glasc y Trabler. Tenemos algunas preguntas para usted. ¿Quiere responderlas ahora, o después de que cerremos este local y hagamos registrarlo por contrabando?

El pequeño hombre tragó aire audiblemente, y tosió la mitad del mismo.

—No quiero problemas.

Hal se giró hacia Glasc. Su furiosa mirada sólo se había disuelto parcialmente por la manera en que se había enfrentado al hombre.

—Aquí, la Agente Glasc tiene algunos hologramas para que usted los vea. —Hal tendió la mano, y ella se los dio; entonces, él los agitó frente al encargado—. ¿Reconoce alguno?

El hombre le mostró una rápida mirada.

—No, creo que no.

Hal colocó su mano izquierda sobre el hombro derecho del hombre.

—Mire amigo, sólo trato de darle una oportunidad para ayudarse a sí mismo. El equipo de vigilancia que tenemos en este lugar nos ha señalado cuál de estos tipos ha estado realmente por aquí. Ahora, confirme esta información y responda más preguntas, o le despachamos por obstrucción a la justicia. Incluso podemos enviarle a Kessel por eso, ¿verdad, Agente Glasc?

Glasc asintió con la cabeza, haciéndose su expresión más fría.

—Por una larga temporada.

El pequeño hombre se estremeció.

—¿Kessel? Ni siquiera sé lo que es eso.

—Y querrá que así siga siendo, amigo. Mire los hologramas de nuevo, atentamente.

Así hizo el hombre, moviendo un dedo a través de la superficie de cada uno. El encargado no permitió que el reconocimiento brillara a través de sus ojos en ninguno de ellos. Es más, con su mano en el hombro del hombre, Hal podía sentir los pequeños tics en el músculo del hombro que marcaban cada pausa sobre una imagen. Tres de los cinco tipos habían estado realmente en el lugar, pero la pausa más larga había venido con la imagen central, la que mostraba a un individuo bajo y rubio con un corte de pelo de estilo militar.

El encargado parpadeó.

—No estoy seguro.

—Permítame ayudarle.

Hal barajó el retrato rubio a la parte superior del paquete, y entonces lo arrancó de ahí y lo pegó contra la frente del hombre. Lo hizo con algo más de entusiasmo de lo que quería, pero el hecho de que la cabeza del hombre golpeará contra la pared relajó el ceño de Glasc y, después de todo, Hal estaba jugando más para apaciguarla que para ninguna otra cosa.

—Este tipo estuvo aquí dentro y tú le recuerdas. ¿Cuánto hace?

—Hum, hum, ayer, puede ser, no, espere, esta mañana. Temprano. Sólo los habituales suelen venir tan temprano, ¿sabe? —El encargado imitó la creciente sonrisa de Hal—. Estaba esperando algo, pero entonces, ardió en llamas.

Glasc saltó ante tal comentario.

—¿Ardió en llamas?

El encargado hizo una mueca ante el cortante tono en su voz.

—Bien, estaba ahí sentado, entonces una mujer con una bebida y un cigarro tropezó y derramó la bebida sobre él. El cigarro prendió el fuego, supongo. Ella le ayudó a apagarlo y él estuvo de acuerdo.

Hal apretó el hombro del hombre.

—Magnífico, ¿y qué más recuerdas?

—Bien, cuando el tipo al que estaba esperando apareció, hablaron, y el rubio se agitó. Dijo que le habían robado, y entonces se fue como si hubiera robado la capa de Vader, ¿sabe?

Glasc estrechó sus ojos y miró a Hal.

—¿Piensas que aquello que tuviera fue sustraído? La mujer que provocó el fuego debe tenerlo. ¿Cómo era?

La rosada punta de la lengua del encargado se deslizó sobre sus labios secos.

—Bien, no era muy alta, y tenía pelo castaño...

Hal agitó la cabeza.

—Esto es ridículo. Tengo un holograma para que lo mires. —Alcanzó su bolsillo y sacó un holograma de su cartera. Arrancó el holograma del hombre rubio de la frente del encargado y se lo lanzó a Glasc; entonces mostró al encargado el otro holograma—. ¿Fue esta?

El encargado negó con la cabeza.

—Nunca antes la he visto en mi vida.

Debía haberlo esperado. Mi mujer no sería atrapada ni muerta en un lugar como este. Hal se encogió de hombros y deslizó el holograma de vuelta a su bolsillo.

—Gracias por tu ayuda. Eres libre de irte.

El hombre se escabulló al tiempo que Glasc agarraba el hombro de Hal y le hacía girar hacia ella.

—¿Qué pretende despachándole?

—Perdóneme por adelantarme a su investigación, pero usted sabe que esta pista es una completa ruina. Estamos buscando a la persona que mató a Bel Iblis, ¿verdad? Bien, ¿qué asesino vaga por un sucio tapcafé como un ladrón de joyas esperando a su cómplice? No me cabe duda de que su bonito chico es culpable de algo, pero no era más que un aficionado si le robaron de esa manera. Y una ladrona tan buena probablemente ya ha puesto hiperespacio de sobra entre ella y esta roca.

Trabler frunció el ceño.

—El asesino estaba esperando para ser pagado.

Hal giró sus ojos.

—¿Entonces qué le robaron? ¿La prueba de que mató a Bel Iblis? Habría pensado que la emisión por toda la galaxia del funeral de estado en Corellia habría sido tomada como prueba. Es más, un asesino tan bueno habría demandado al menos un pago parcial por anticipado, así que nunca se habría sumergido en estas profundidades de nuevo. Deberíamos estar buscando en algún mundo turístico de lujo, no aquí.

Hal observó a Glasc y vio que sus ojos parpadeaban de un lado a otro durante un momento. Esperaba que el pánico casi le resbalara, pero no captó nada de eso. *Lo que significa que mis reservas de Fuerza están absolutamente agotadas, o que ella es muy buena en el autocontrol.* Toda su historia tapadera, ideada sobre la marcha mientras Trabler disparaba a Moranda, se estaba desmoronando, y el trabajo manual de Trabler sólo había señalado lo absurdo que había sido desde el principio. Aquello que realmente estuvieran buscando allí había sido traído a Darkknell por el rubio y robado por Moranda. El hecho de que esos dos apestaran a arrogancia de los Mundos del Núcleo sugería a Hal que eran probablemente imperiales.

Hal agitó la cabeza. *Y eso significa que tanto Moranda, si es que está viva, como yo estamos metidos más hondo de lo que nunca quisimos.*

Garm Bel Iblis miró en torno al raído apartamento mientras Moranda se encogía delicadamente en una nueva blusa y chaqueta. Su alojamiento era poco más que una caja con una ventana y una pequeña estación sanitaria separada por una pared hacia la parte trasera, justo al lado del ropero en el que ella escarbaba en busca de ropa. No veía mucho ahí que le hiciera pensar que ella había vivido en ese lugar durante mucho tiempo; y antes de congratularse por su habilidad deductiva, recordó que un inspector de la Seguridad Coreliana había venido a buscarla, lo que significaba que ella había estado de retirada.

La habitación, así decidió él, era uno de esos lugares que eran el equivalente en los bajos fondos de una vivienda segura. Los gobiernos usaban las viviendas seguras como lugares donde podían esconder a un testigo antes de un juicio o alojar a un espía durante una audiencia. Había allí pequeños trozos y piezas de material, lámparas de incandescencia desajustadas, media docena de tarjetas de datos periódicas, un amasijo de sábanas y mantas que cubrían una delgada almohadilla colocada fuera de la vista de la ventana, que probablemente había sido olvidada allí por anteriores inquilinos criminales.

Ahora que estoy completamente metido en la Rebelión, supongo que este será el tipo de lugar en el que también yo pasaré mi tiempo.

—El lugar no es mucho, lo sé. Tampoco yo. —Moranda salió del ropero con una vibrante túnica azul y una chaqueta marrón oscuro por encima. Relajó su hombro derecho en un pequeño círculo y reprimió casi totalmente la mueca resultante—. Como nueva.

—Un baño de bacta te dejaría como nueva.

—Cierto, pero el disparo prácticamente sólo tostó la carne, muchos dolores pero ninguna rotura. Además, esos droides MD tienen la asquerosa costumbre de informar de las heridas por bláster a las autoridades. —Moranda le miró atentamente—. Viendo que eres un rebelde, no creo que quisieras ese tipo de indagación.

Bel Iblis se puso rígido, de forma bastante involuntaria, y entonces estrechó sus ojos.

—¿Cómo lo has adivinado?

—No he adivinado nada. —Tocó con un dedo contra su sien—. Primero, te preocupaste de venir a por mí, y no fue para examinar mis huesos. La compasión es algo raro estos días, y los rebeldes parecen tener demasiada. Segundo, viniste aún siendo lo suficientemente inteligente como para saber que los tipos que me dispararon pertenecían probablemente a la Inteligencia Imperial.

Bel Iblis asintió.

—La mujer era Ysanne Isard, la hija de Armand Isard.

Los ojos de Moranda se ensancharon ante ello, y se estremeció.

—Sabía que éste era un asunto complicado, pero no tanto...

—¿Qué más te ha hecho pensar que soy un rebelde?

—Arky tiene cierta reputación. Tú eres claramente un corelliano, y todos los corellianos odian recibir órdenes. El trabajo de parcheado que has hecho en mí sugiere que has pasado tu tiempo en el ejército, lo que engendra lealtad al modo en que era antes de llegar la codicia de Palpatine. Finalmente, si los imperiales están husmeando algo por aquí, los que se oponen a ellos son probablemente rebeldes.

—¿De verdad? —Bel Iblis dejó que la pregunta persistiera durante un momento—. Puede que pertenezca a Sol Negro.

—¡Ja! Está lo de la compasión, ¿recuerdas?

—Hmmm, buen punto. —Bel Iblis pensó durante un momento—. ¿Qué te hace pensar que los Imperiales están husmeando algo, y no a alguien?

—Bueno, te podría decir que lo deduje del hecho de que la hija de Corazón de Hielo esté aquí. Para el trabajo sucio sólo mandarían un puñado de sus matones. Se supone que ella tiene cerebro, así que probablemente querrán preguntar antes de disparar.

—Excepto en tu caso.

—Eh, ése es un mejor disparo que el suyo. —Moranda mostró a Bel Iblis una torcida sonrisa—. La verdad es que robé algo a un nervioso joven aquí; tiene material imperial, importante material imperial, codificado. Es eso lo que te enviaron a recoger, ¿verdad?

Bel Iblis se encogió de hombros tan casualmente como pudo.

—¿Puedes probar que fuiste tú el ladrón?

Ella asintió y sacó un pañuelo negro del bolsillo de su chaqueta.

—El paquete que intercambié por el que robé estaba perfectamente envuelto en el compañero de éste. ¿Lo reconoces?

Él tendió la mano y deslizó un pulgar sobre el tejido.

—¿Dónde está ahora el paquete?

Ella se rió.

—No tan rápido, rebelde. Estoy agradecida por el parche de mi brazo, pero querría recursos para dejar esta bola de fango y alejarme de Hal Horn. ¿Cuánto vale eso para ti?

—Veinticinco mil créditos.

—¿Qué tal cincuenta?

—Vendido.

Los ojos de Moranda se ensancharon de nuevo.

—Tan valioso, ¿eh? ¿Podemos introducir un pago adicional?

—¿Dónde está?

Ella silbó y Bel Iblis sintió que su corazón se apretaba.

—En un lugar muy seguro.

—¿Y eso sería...?

—La razón por la que quiero saber de un pago adicional. —Agitó la cabeza—. Hice resbalar las tarjetas de datos en la puerta del deslizador de alquiler de Isard. Veo que te sorprende, pero no te preocupes. Los desafíos como ese siempre sacan lo mejor de mí.

Hal se sentó solo en la parte trasera del deslizador mientras Glasc los conducía a su centro de operaciones. Atrás, en el Continuum Void ella había arrastrado a Trabler a su lado y le había dado órdenes que le hicieron alejarse por su cuenta. Ella dijo a Hal que Trabler se dirigía al puerto espacial para comprobar cómo estaban las cosas allí, pero él dudó que dijera la verdad. Cualquier información que Trabler pudiera conseguir en persona le podría haber llegado con la misma facilidad a través de un comunicador.

Hal prestó poca atención al mundo que pasaba en una desdibujada paleta por el exterior de las ventanillas del deslizador. Se encontró a sí mismo preguntándose qué le había llevado a mostrar al

encargado de día del tapcafé el holograma de su mujer en lugar del holograma de Moranda. *Reconocí a Moranda por la descripción en el segundo en que la comencé, el cigarro usado para tostar al rubio era una revelación involuntaria; pero ¿por qué la protegí? Ahora sé que ella está involucrada, y eso echa por tierra el cuento del asesino. Tenemos un simple robo de un ladrón, pero la presencia de imperiales sugiere que no es tan simple en absoluto.*

Al no mostrar al hombre el holograma correcto, Hal había acabado con la única pista sólida que tenía Glasc para la investigación. Asumió, porque ella era imperial y porque cuestionó su lealtad delante de él, que la presa que buscaba estaba conectada con la Rebelión de alguna manera. Hal Horn no tenía afecto por los rebeldes: se había situado en el lado equivocado de la ley y eso era suficiente para merecer su oposición; pero no estaba mucho más loco por los imperiales. Más de una vez había tratado de contener los excesos de agentes imperiales excesivamente celosos, lo que generalmente le llevaba a tener que limpiar tras ellos.

Las acciones de Trabler eran un ejemplo perfecto del tipo de excesos que quería evitar. Fácilmente habría corrido tras Moranda y la habría apresado. En lugar de eso, sin avisar, únicamente sacó su bláster y disparó. Hal esperaba que su intervención en la puntería de Trabler previniera la muerte de Moranda, pero asumía con seguridad que estaba muerta, muriendo o severamente incapacitada.

La buena disposición de Trabler para disparar a matar a alguien que, sin ser inocente, era claramente un mero espectador en la situación general, dijo a Hal que el Imperio no estaba tratando de tomar prisioneros. Lo que Moranda había robado tenía que ser muy importante, sin duda cubría secretos de estado. *Y si yo sé tanto, debo asumir que mi vida podría ser decomisada en algún punto, en el momento en que haya excedido mi utilidad, o me convierta en una molestia suficiente.*

Darse cuenta de ello no le llenó de pánico. Sí, Hal se sentía preocupado y odiaba la idea de no volver a ver a su mujer y a su hijo, pero una sensación de calma anuló sus emociones. Recordó cuando, siendo muy pequeño, con no más de seis años, había agarrado una rabieta por un juguete que se había roto. Su padre le llevó al jardín y le dijo que no podía dejar que sus emociones se desbocaran de ese modo, que eso perturbaba el universo. Su padre comenzó a enseñarle ejercicios simples para calmarse y adiestró a Hal hasta que se convirtieron en algo fácil para él.

Calma, podía pensar, y así hizo cuando Glasc detuvo el deslizador ante la puerta de una pequeña casa. Unos arbustos la ocultaban de las otras casas próximas. Un callejón subía por el lado izquierdo y parecía conectar por medio de una verja con un callejón o calle en la parte trasera de la propiedad. El lugar se mostró inmediatamente a Hal como una vivienda segura, y aunque podía imaginar a alguien de la Seguridad Especial de Darkknell utilizando una como cuartel, la naturaleza aislada del edificio, a pesar de estar en la ciudad, le hizo inquietarse.

Glasc abrió la puerta y entró primero; entonces la cerró y se dirigió por un estrecho corredor a través de la cocina hacia una extensión que sobresalía de la parte trasera de la casa.

—Por aquí; mi despacho está aquí atrás.

Hal la siguió pisándole los talones. Ella se giró para decirle algo mientras se introducían en la cocina, pero su intento de captar su atención no funcionó completamente. Medio segundo antes de que Trabler surgiera de detrás de una puerta y dejara caer sus manos en el cuello de Hal, éste sintió su presencia y actuó.

Hal cayó de rodillas y deslizó su cuerpo hacia delante, forzando a Trabler a inclinarse para mantenerle agarrado. Mientras el agente imperial apretaba sus manos, Hal se enderezó sobre una rodilla. Golpeó la parte trasera de su cabeza contra la cara de Trabler, produciendo todo tipo de crujidos que, con seguridad, no pertenecían a su cráneo. Trabler aulló y le soltó, levantando sus manos para cubrir su cara destrozada. Hal se retorció hacia la derecha, moviendo su pierna derecha a modo de guadaña para golpear los tobillos de Trabler. El hombretón se tambaleó, volcando una mesa, y entonces se desplomó.

Hal deslizó una mano al interior de la chaqueta de Trabler y sacó el Penetrador Luxan del guardia. Desactivó el seguro con su pulgar y lanzó un rápido disparo a Glasc. Ella lo eludió, bláster en mano, lanzando un disparo que destruyó un plato de un estante tras pasar junto a la cabeza de Hal. Hal se arrojó al suelo por su derecha y se incorporó agachado. Tras él, Trabler, cuya cara era una máscara de sangre, había sacado una vibrocuchilla de su bota y estaba gateando hacia su pie. Hal le atravesó en el centro, apagando su corazón, y entonces se escabulló a donde la unidad de almacenaje de comida podía cubrirle.

Glasc lanzó un disparo que agujereó la unidad de almacenaje.

—Eso no te protegerá.

—No pensé que lo haría. —Hal agarró el holograma de Moranda de su bolsillo y lo arrojó al centro del suelo. Dejó que Glasc lo viera y entonces lanzó un disparo que lo fundió, dando lugar a una ardiente burbuja negra—. Eso lo hará.

—¿De qué estás hablando?

—Los tipos de Inteligencia siempre creéis estar por encima de todo, pero yo me gano la vida separando verdades de mentiras, y he separado suficientes como para saber que estáis aquí buscando algo que robó

un agente rebelde. Fue el rubio, y una ladrona robó lo que quiera que llevara. Ella lo tiene ahora, y ese era el holograma de ella.

—¿Y tú crees que al destruir ese holograma yo tendré que mantenerte vivo para identificarla? —Las risas de Glasc llenaron la cocina—. Las órdenes judiciales que trajiste a Darkknell para su arresto proporcionarán otro holograma tuyo.

Acompañó su comentario con otro disparo que salpicó metal caliente sobre la chaqueta de Hal.

—Moranda Savich es una maestra del disfraz, así que no la encontrarás. Y más importante, sin embargo, tu hombre Trabler probablemente la mató. Adivinaría que parte de la tarea a la que le enviaste fue averiguar si la policía local o los hospitales habían informado de su recuperación, ¿verdad? No lo hicieron, lo que significa que está ahí fuera y probablemente tiene ayuda.

—¿Y cómo te mantendrá eso vivo?

—Porque la conozco. La he rastreado a través de media docena de mundos. Sé como actúa; conozco su aspecto en una miríada de disfraces. Sin mí nunca la encontrarás, o si la encuentras, no lo harás a tiempo. —Acentuó la última palabra para ejercer presión sobre la agente, ya que las medidas desesperadas ya empleadas le decían que el tiempo era esencial en la recuperación de lo que Moranda había robado—. Dale una oportunidad para respirar, y habrá vendido la presa a los rebeldes.

—No sé por qué tengo que confiar en ti para ayudarme.

—Ah, perdóname, pero soy yo el que tiene aquí problemas de confianza, dado que tu ayudante trató de arrancarme la cabeza. —Hal agitó la cabeza—. Paranoia imperial. Parece que nunca termina. Lo creas o no, quiero realmente atrapar a Moranda. Tú eres mi mejor apuesta para ello. Mi alternativa es dispararte hasta matarte y esperar poder evadir una orden judicial imperial por asesinato. Yo te ayudo, tú dices que el arma de Trabler se disparó accidentalmente, y los dos quedamos libres de sospechas.

—Tienes razón, por supuesto. Nunca podrías escapar a una orden de búsqueda por mi asesinato. —Una nota de gran seguridad entró en su voz y envió un escalofrío al espinazo de Hal—. Soy Ysanne Isard, la hija del director de la Inteligencia Imperial. Serías perseguido por siempre y tu familia desaparecería.

—Encantado de conocerte. —Hal suspiró con tanta calma como pudo. Las cosas no se podían poner mucho peor, ¿no?

—Y estás en lo cierto. Estoy aquí buscando a un mensajero rebelde. Robó...

—No me lo digas. No quiero saberlo. Si me lo dijeras tendrías que matarme. —Hal cerró los ojos durante un momento—. Estoy aquí para atrapar a una ladrona, y esa ladrona tiene tu pertenencia. Yo la consigo, tú lo consigues, no necesito saber lo que es.

—Muy bien, muy astuto por tu parte. —Ella dudó por un momento y Hal quiso agacharse por razones que no pudo identificar—. Casi me inclino a confiar en ti, pero como no tengo un completo perfil de seguridad tuyo, exigiré una condición para nuestra alianza.

—¿Cuál?

Un dispositivo delgado, negro, con aspecto de cinta rodó por el suelo y se desenrolló hasta ir a parar a su lado. Parecía una diminuta correa con un broche negro, y Hal lo reconoció inmediatamente como un collar de estrangulamiento. Ajustado en torno a su cuello, podía recibir una orden por control remoto para estrangular, cortando el flujo sanguíneo a su cerebro y dejándole inconsciente. Se usaban a menudo para reprimir a prisioneros en destacamentos de trabajo. Una orden de neutralización por estrangulamiento se activaba desde una unidad de control central, para que el collar estrangulara cuando los prisioneros se salieran del rango y se pusiera así un rápido final a las fugas.

Hal lo cogió y dejó que le colgara de una mano.

—¿Tú tendrás la unidad de control y será un dispositivo de hombre muerto?

—Si yo doy una orden o mi pulso para, el collar estrangula. Sin una clave, o sin confiar en alguien que lo saque de tu cuello de un disparo, estarás muerto poco después que yo.

Hal no quería ponerse el collar, pero dispararla y vivir entonces una vida de huída parecía ser su única alternativa.

—Un sable de luz debe ser capaz de cortar esto.

—Puede ser, pero los Jedi se han ido. La era de la Justicia Imperial está aquí, Hal Horn.

—De eso soy bien consciente. —Hal se colocó el collar, lo cerró y levantó el cuello de su camisa para esconderlo. Lanzó el Penetrador y se incorporó lentamente—. Aquí estoy, a tu servicio.

Isard apareció y le permitió dar un vistazo al dispositivo de control; entonces cargó su bláster.

—Reanudamos nuestra búsqueda en el lugar en que te encontré por primera vez.

—No te molestes. Arky se habrá ido hace tiempo. Supo que eras de la Inteligencia Imperial mucho antes que yo. —Hal sonrió—. Volvamos al Continuum Void. Es el único lugar que vende licor Gralish y Moranda es amiga de éste. Teniendo en cuenta el modo en que la han disparado, querrá algo de refuerzo. Ése es el mejor lugar para empezar.

IV

Timothy Zahn

—¿De qué estás hablando? —preguntó Isard, con su ya invernal tono de voz cayendo a territorio bajo cero mientras se inclinaba unos centímetros más sobre la barra de Continuum Void—. Él estaba aquí hace dos horas. ¿Dónde podría haber ido en esta cuba de esputos del borde?

—No sé, Agente Glasc —el devaroniano de apariencia nerviosa que permanecía al otro lado de la barra tartamudeó, retrocediendo los mismos pocos centímetros que Isard había avanzado—. Pongo al mismo Emperador por testigo, realmente no lo sé. Todo lo que puedo decirle es que recibió una llamada hace media hora, me dijo que me hiciera cargo de la barra durante el resto del día, y entonces se marchó como si el mismo Vader estuviera tras él. Eso es todo lo que sé. Lo juro.

—Probablemente lo es —murmuró Hal desde un flanco de Isard, con todos sus sentidos enfocados sobre el devaroniano. La especie era suficientemente fácil de leer si sabías qué buscar. Hal lo sabía—. Informalmente, diría que nuestra presa ha estado ocupada limpiando unos cuantos cabos sueltos.

—Él no tiene ni idea de lo que es realmente un cabo suelto —dijo Isard ácidamente, con sus ardientes ojos clavando aún al desafortunado camarero contra la pared. Pero había un sutil cambio en su tono, suficiente para que Hal reconociera que el foco de su ira se había desplazado del devaroniano a Moranda. A Moranda y a su cómplice aún no identificado.

Y eso estaba empezando a preocupar un poco a Hal. Perfecto si era algún socio criminal, ya fuera un viejo amigo o un nuevo conocido; suficientemente peligroso, pero al menos los tipos marginales eran una clase psicológica relativamente conocida. Pero bajo esas circunstancias, su aliado podía ser en cambio un miembro de la Rebelión.

Y esa era otra historia. Como había apuntado poco antes de morir el no lamentado Trabler, los rebeldes venían en todos los tamaños y formas, con perfiles que oscilaban desde el oportunista hasta el fanático. Los criminales marginales generalmente evitaban matar a los agentes de la ley si no era absolutamente necesario, aunque sólo fuera porque esto atraía demasiada atención hacia ellos. En contraste, los fanáticos disfrutaban con demasiada frecuencia de la violencia y la notoriedad.

Lo cual era suficientemente malo si algún rebelde de láser suelto le disparaba por la espalda sin un motivo.

Y peor si, por el contrario, un rebelde disparaba a Isard, y su cuerpo muerto era la última cosa que Hal veía mientras su collar de estrangulamiento le exprimía la vida.

—Bien —dijo Isard, interrumpiendo la línea de pensamiento crecientemente desagradable de Hal mientras se enderezaba desde su posición de interrogadora—. Si ella le urdió una historia con la que se dejó engañar tan fácilmente, casi con toda seguridad tenía algo que ver con un pariente o amigo. Quiero sus nombres. De todos ellos. Ahora.

El devaroniano tragó saliva.

—Yo... por supuesto. Permítame coger su tabla de perfil.

Alejándose furtivamente a lo largo de la barra, escapó al despacho del encargado.

—Una pérdida de tiempo —murmuró Hal, girándose para apoyar sus omóplatos contra la barra mientras lanzaba una mirada sobre el puñado de clientes. Una mezcla de simples trabajadores e individuos marginales menos simples, decidió, bastante típica de lugares como ese—. Incluso si le encontramos, e incluso si él consiguió ver bien a Moranda, ella ha tenido tiempo más que suficiente para cambiar su apariencia.

—El hecho de que ella y Arkos consideren al encargado suficientemente importante como para ahuyentarlo de la ciudad implica que están razonablemente preocupados por ello —apuntó Isard.

—Posiblemente —dijo Hal—. Excepto que no creo que sea Arkos quien la acompaña.

—¿Por qué no? —argumentó Isard—. Estaba justo ahí, en escena. Probablemente vio incluso a Trabler dispararla.

—Lo cual es exactamente la razón por la que no fue él —dijo Hal—. Conozco a Arkos, y él no es en absoluto un tipo que se mezcle en un tiroteo. Al menos, no sin que alguien más le dé un serio empujón.

Isard gruñó.

—Bien; así que ella ha cogido a algún otro. El caso es que para preparar esta caza de skippers salvajes tuvieron que salirse, al menos parcialmente, de los aparadores. Si podemos cazar al encargado y rastrear la historia que urdieron para él, podríamos ser capaces de obtener un nuevo vector sobre ellos.

—Entiendo —murmuró Hal, mirando de reojo el perfil de Isard. Era una razonable propuesta, cierto, clásica en su sencillez.

Desafortunadamente, también requería un equipo de examen de datos que se estirara la mitad de camino a Coruscant. Si es que ella realmente tenía allí tantos recursos humanos de los que disponer...

—No te preocupes, no vamos a hacerlo todo por nosotros mismos —continuó Isard, sin preocuparse por mirarle. Aparentemente, ella tampoco era manca leyendo las expresiones de la gente—. Hay una dependencia de Inteligencia oculta en una de las mejores zonas de la ciudad, desde donde puedo acceder a los ordenadores de la Seguridad de Darkknell. Unas cuantas órdenes adecuadamente situadas, y los locales tendrán la lista completa de conocidos del encargado localizada para el anochecer.

—Hum —dijo Hal, recordando sus primeras interacciones con la burocracia de Darkknell—. Más te vale que no caigan en la cuenta de lo que estás haciendo —le advirtió con suavidad—. El coronel Nyroska, por ejemplo, me pareció algo así como un purista del correcto protocolo. Las órdenes falsificadas no vienen precisamente bajo ese encabezamiento.

—El coronel Nyroska hará lo que se le diga —dijo Isard fríamente, despreciando a Nyroska con la sacudida de una pestaña—. Y eso también vale para el resto de su chusma.

¿Y también para mí, supongo? añadió Hal en silencio, sintiendo con nueva consciencia y nuevo resentimiento la suave presión del collar de estrangulamiento contra su garganta. Una pregunta retórica, por supuesto también valía para él. Sólo era una más de sus herramientas, después de todo, como la Seguridad de Darkknell y Trabler, y probablemente docenas de otras personas cuyas vidas rotas yacían dispersas en el polvo de su estela. Puede que incluso cientos, si se daba credibilidad a las rumoreadas historias sobre Armand Isard y su ambiciosa hija.

Miró de nuevo su perfil. Sí, él era una herramienta. Pero, de la misma manera lo era un sable de luz; y muchos eran los confiados imitadores de Jedi que se habían cortado descuidadamente uno de sus propios miembros. A veces, las herramientas mal utilizadas podían ser muy peligrosas.

Algo para tener en mente.

El pequeño hombre al que Moranda había señalado subió su bolsa de viaje al área de carga del transporte y entonces escaló al compartimento del pasajero, con un vago sentimiento de incomodidad evidente en la inquietud de sus movimientos.

—Está subiendo a bordo —anunció Bel Iblis, bajando sus macrobinoculares mientras un nuevo remordimiento le golpeaba—. Aunque, lo que va a pensar cuando llegue a Raykel...

—Sigue observando el transporte —le interrumpió Moranda, con una voz sensiblemente distraída—. Asegúrate de que aún está a bordo cuando parta. De cualquier modo, ¿cuál es el problema? Se sentirá aliviado cuando averigüe que su padre no tuvo realmente ningún accidente.

—Supongo que sí —dijo Bel Iblis, frunciendo el ceño al mirarla. Sentada a la deteriorada mesa de comedor del apartamento, concentrada ante su datapad, ella era desafortunadamente inconsciente de su mirada en ese momento—. Por otro lado, esta caza de skippers salvajes no va a salirle barata.

—La vida nunca ha sido justa —dijo ella—. Si eso te preocupa, haz que tus amigos rebeldes le reembolsen.

Bel Iblis resopló.

—La Rebelión no es ningún pozo sin fondo de dinero...

—El transporte, Garm —dijo ella, señalando con un dedo hacia la ventana sin levantar la vista—. Vigila el transporte.

Tragándose una maldición, Bel Iblis se giró hacia la ventana y levantó de nuevo los macrobinoculares. En los últimos días había conseguido reducir la aguda agonía de la muerte de su familia a un dolor más apagado, un sufrimiento tranquilo que coloreaba sus minutos despiertos pero que al menos le permitía funcionar razonablemente bien.

Pero "razonablemente bien" no significaba que no hubiera un filo de impaciencia y amargura en su actitud, un filo que esta pequeña ladrona casualmente arrogante siempre parecía pisotear. Era una constante batalla para evitar estallar en su cara por cosas que, bajo normales circunstancias, él habría despreciado como conflictos de personalidad menores.

Pero era un esfuerzo que tenía que hacer. Un esfuerzo que se obligaba a sí mismo a hacer. Necesitaba su ayuda para recuperar ese datapack, para obtener esa información vital que, seguramente, podía asegurar el éxito de la Rebelión, o bien destruirla. Y, además, su humor negro no era culpa de ella.

A tres manzanas de distancia, el transporte vibró por el movimiento y se dirigió pesadamente calle abajo.

—Ahí va —anunció a Moranda, volviéndose hacia ella de nuevo—. Y no salió.

—Bien —dijo ella, dejando a un lado su datapad con aire de satisfacción, dando una calada a su cigarro y sacando su comunicador—. De todas formas, él no habría servido de mucho a tu amiga Isard, pero esto debería dar a su gente algo que hacer mientras nosotros removemos un poco la caldera.

—¿Qué quieres decir?

—Quiero decir que es hora de llamar a la ley —dijo ella—. He sacado un nombre prometedor de la lista privada de agentes de la ley incorruptibles de tu colega Arkos. Esperemos que tenga la habilidad para saltar en la dirección que queremos.

Ella tecleó el comunicador y lo levantó. Hubo un momento de pausa.

—Aquí Nyroska —una voz seca salió de aparato.

—Hola, Coronel —dijo Moranda—. No me conoce, pero tengo un pequeño problema aquí y pensé que podría ayudarme.

El suspiro de Nyroska apenas se oyó.

—Si llamara a su oficina local de Seguridad...

—Tengo en mis manos un artículo muy valioso y políticamente explosivo —le interrumpió Moranda—. Un artículo que la agente de la Inteligencia Imperial que está husmeando por la ciudad desea muy seriamente.

Hubo una brevísima pausa.

—Está mal informada —dijo Nyroska—. No hay agentes de la Inteligencia Imperial en Darkknell.

—Dejémonos de juegos, Coronel —dijo Moranda, poniendo cierto enojo en su voz—. Usted y yo sabemos que ella está aquí. Francamente, es bastante difícil no reconocerla, con ese rubio musculoso y su Penetrador Luxan entrometiéndose por ella. Va por toda Xakrea, agitando los árboles en busca de un discolo datapack imperial.

—Entiendo —dijo Nyroska. Su tono era estudiadamente neutral, pero Bel Iblis podía oír por debajo el creciente interés—. ¿Entiendo que el datapack es el valioso artículo del que habló?

—Lo es, efectivamente —confirmó Moranda—. Bajo circunstancias normales, contactaría directamente con ella para negociar un intercambio. Dos problemas: no tengo la frecuencia de su comunicador y no me gusta la idea del rubito y su Luxan acechando por detrás. Así que preferiría negociar el intercambio a través de usted.

—No sé nada de agentes imperiales en Darkknell —dijo Nyroska endureciendo su voz—. Pero si está en posesión de bienes robados o malversados, lo más inteligente que puede hacer es traerlo todo al cuartel de la Agencia de Defensa y entregarlo.

—De acuerdo por mi parte —dijo Moranda—. ¿Tendrá el millón preparado?

—¿El qué?

—El millón —repitió Moranda—. En divisa imperial, por cierto, no en la local.

—Debe estar bromeando —dijo Nyroska con rigidez.

—¿Me esta oyendo reír? —respondió Moranda—. Confíe en mí, Coronel. Un millón no es siquiera un indicio de lo que esto vale. Los imperiales estarán deseando comprárselo por dos millones. Los rebeldes, si puede encontrarlos, probablemente pagarán tres. Pero no me tome la palabra; hable con la imperial y vea lo que dice. Por supuesto, si le cede todo esto a ella, probablemente le negará los beneficios; pero oiga, la virtud es su único consuelo, ¿verdad?

—¿Y qué le hace pensar que un agente de la Inteligencia Imperial no se reirá en mi cara? Asumiendo que no sea únicamente un producto de su imaginación.

—Oh, ella está aquí —le aseguró Moranda—. Y no se reirá. Créame.

Otra pausa.

—Está bien, haré algunas consultas y veré lo que puedo averiguar. ¿Cómo contacto con usted?

—Yo le llamaré —le dijo Moranda—. Recuerde: un millón exacto. Sólo transmita ese mensaje, y entonces, si quiere, puede quedarse fuera.

Ella desconectó.

—¿Ahora qué? —preguntó Bel Iblis.

—Como dije, esperamos que sea inteligente —dijo ella, levantándose de la mesa y apartando tanto el comunicador como el datapad—. Y asumiendo que lo sea, desalojamos el local. Ahora.

Durante un momento, Nyroska miró enfurecido al comunicador apagado. *Sólo transmita ese mensaje, las palabras resonaban en sus oídos, y entonces puede quedarse fuera.*

—Ni hablar —murmuró para sí mismo—. Nada de eso.

Miró al otro lado de la sala a su asistente.

—¿Teniente?

—Lo tengo, Coronel —el teniente Barclo informó enérgicamente—. Vino de uno de los apartamentos en el bloque Karflian Nestling, mezcla de marginales y clase baja, extremo norte de la ciudad. Tengo una escuadra de deslizadores aéreos de camino.

—Envíe dos escuadras más como refuerzo —ordenó Nyroska—. Después, compruebe si tenemos Inteligencia Imperial operando en Darkknell en este momento.

—Estoy seguro de que lo habríamos oído si alguien se declarara a sí mismo o misma como tal, Coronel.

—Ciertamente, deberíamos —coincidió Nyroska gravemente—. Como dije: compruébelo.

—Sí, señor.

Nyroska bajó su comunicador e hizo girar su silla hacia el gran mapa holográfico de la ciudad que se encontraba tras él. Si había un agente extranjero paseándose por su ciudad a sus espaldas, quería saberlo.

Y si dicho agente perseguía algo de un millón o más de valor en divisa imperial, sin lugar a dudas quería saberlo.

Accediendo a la base de datos del puerto espacial, visualizó la sección de llegadas recientes y tecleó una búsqueda.

La ficha de perfil del encargado era corta. Increíblemente corta. Sospechosamente corta.

—Triste, ¿no? —dijo Isard despectivamente mientras Hal terminaba de examinarla—. Y siempre se creen que no son terriblemente evidentes para nosotros.

—Lo creen, en efecto —coincidió Hal, devolviendo el datapad. La sección “personal” del perfil del encargado tenía exactamente doce nombres: padres, un hermano y nueve amigos. Había colonias fúngicas corellianas que tenían listas asociadas más largas que ésa—. Aún así, sólo porque tenga trucada su lista de asociados no significa que tenga ninguna complicidad particular con Moranda.

—Es un tipo marginal —dijo Isard rotundamente—. Esa lista lo dice a voces. Y, a la hora de la verdad, los tipos marginales siempre terminan juntándose. —Pensó un momento—. No cuando les apretamos, cuidado; entonces empiezan a acelerarse para deshacerse unos de otros cuanto antes. Pero hasta entonces, se juntan entre sí.

—Es posible —murmuró Hal, con su mirada desviándose al horizonte norte de la ciudad. Al solitario deslizador aéreo rojo y blanco en el que se había fijado hacía un momento se habían unido ahora otros dos, todos ellos escabulléndose como si tuvieran la cola en llamas. Era imposible ver marcas a esa distancia, pero había visto deslizadores con ese esquema de colores aparcados en el exterior de la oficina de Nyroska—. ¿Supongo que empezamos por la familia?

—Dado que sus verdaderos amigos, asumiendo que tiene alguno, no se encuentran sin duda en esa lista, diría que sí —dijo Isard ácidamente—. A no ser que también sean farsantes. ¿Para qué crees que están aquí?

—¿Quiénes?

Isard gesticuló con su datapad.

—Esos tres deslizadores de la Defensa de Darkknell —dijo ella—. No pretendas decirme que no te habías fijado en ellos.

—Me fijé —confirmó Hal con calma—. ¿Crees que tienen alguna pista sobre tu rebelde?

—No se me ocurre otra razón por la que usarían personal de Defensa —murmuró Isard, con sus desiguales ojos mirando atentamente a los deslizadores, que en ese momento bajaban la calle—. Bueno, si la tienen, podemos sacarla de los archivos de su computadora en la dependencia de Inteligencia.

—¿Nos dirigimos allí ahora?

—A su debido momento —dijo Isard, levantando el datapad—. Veo un nombre en este perfil que estaba también en la lista de clientes frecuentes de Arkos. Vayamos a comprobar si no ha tenido la sensatez de desaparecer como todos los demás.

—Gracias por volver a mí tan rápidamente —dijo Nyroska en su comunicador, echando una ojeada a Barclo sobre el dispositivo y mostrándole un marcado asentimiento. Barclo asintió también y se ocupó con el panel de localización.

—No hay problema —respondió la voz de la mujer—. ¿Está preparado ya para creerme sobre la agente imperial?

—Posiblemente —dijo Nyroska—. No tenemos a su agente, pero tenemos a un gran individuo rubio en un tanque del depósito de cadáveres. El análisis me dice que fue disparado a corta distancia con un Penetrador Luxan.

Hubo una breve pausa al otro extremo.

—Interesante.

—¿Así que no sabía que estaba muerto? —tanteó Nyroska.

—¿Está sugiriendo que tuve algo que ver con eso? —exclamó ella.

—No, por supuesto que no —dijo Nyroska calmadamente. Lo que era, de hecho, una declaración auténtica. Él había basado su carrera en leer la cara y la voz de la gente, y esa breve pausa había sido toda la reacción que necesitaba para saber que la noticia la había cogido ciertamente por sorpresa.

Lo que significaba que, aunque podía ser una ladrona, no era probable que fuera una asesina. Un punto a su favor.

—Lo mencioné simplemente para hacerle saber que esa parte de su historia está verificada.

—Estoy contenta por ello si usted lo está —dijo ella, con una traza de sarcasmo—. Pero hasta que, y a no ser que, encuentre a la agente imperial misma, no estamos más allá de donde empezamos.

—No necesariamente —dijo Nyroska—. Ahora que sé que su historia tiene alguna sustancia real, espero poder convencer a mis superiores para que se tomen el asunto seriamente.

—¿Qué quiere decir?

—Quiero decir que me gustaría encontrarme con usted —dijo él—. Nada de obligaciones o promesas, excepto, por supuesto, que no trataré de arrestarla ni hacerme con la mercancía. Por ahora, sólo quiero hablar.

—Sí, bien —olfateó la mujer—. Todo completamente claro y legítimo.

—Exactamente —dijo Nyroska, elevando al máximo la confiabilidad de su voz—. Tiene que darse cuenta de que está en una posición seriamente insostenible, especialmente con un cadáver en el depósito que la agente de Inteligencia bien podría pensar que es obra suya. Puede que sea el único que puede ayudarla. Y puede comprobar por sus amigos marginales que mantengo mi palabra.

Hubo otra larga pausa.

—Pensare sobre ello —dijo finalmente la mujer—. Le llamaré más tarde.

La conexión se apagó.

—¿Barclo?

—Se ha trasladado hacia el sur, al borde de Pequeño Duros —informó el teniente—. Hay tres deslizadores de camino.

Nyroska asintió.

—Una pérdida de tiempo, probablemente.

—Parece bastante buena escabulléndose de las redes de comunicaciones —admitió Barclo—. Entonces, ¿ahora qué? ¿Esperar hasta que llame de nuevo?

—Más o menos —dijo Nyroska, buscando con la mirada la pantalla de su computador. Se estaba rastreando la identificación del muerto, junto con la de la mujer que había llegado al puerto espacial con él, pero hasta entonces ninguna de ambas investigaciones había dado fruto. Probablemente otra pérdida de tiempo—. ¿Algo sobre el deslizador que alquilaron?

—Aún no ha sido localizado —dijo Barclo—. Por supuesto, un imperial podría haber alterado la etiqueta de registro con sólo unos conocimientos básicos.

—Un término improbable para usarlo junto con agentes imperiales —gruñó Nyroska, frunciendo el ceño ante la pantalla—. Creo que es hora de que recuperemos la iniciativa. Quiero que compruebes con el General con qué rapidez podríamos juntar un paquete de dinero del tamaño suficiente.

La mandíbula de Barclo cayó ligeramente.

—¿Quiere pagarla?

—No sin saber qué tiene exactamente —dijo Nyroska—. Pero si resulta ser tan explosivo como ella afirma, sería bueno tener algunas opciones disponibles.

—Supongo que sí —dijo Barclo moviendo la cabeza—. Sólo espero que no se esté metiendo demasiado hondo, Coronel. Sabe que estamos tratando con la Inteligencia Imperial.

—Este es mi mundo, Barclo —dijo Nyroska fríamente—. Nuestro mundo, no el de Palpatine. Puede que algún día pueda gobernar el Imperio entero desde Coruscant, pero hasta entonces tenemos ciertos derechos jurisdiccionales y gubernamentales aquí en Darkknell. Y yo voy a ejercitar esos derechos frívolamente bien.

—Sí, señor —dijo Barclo apagadamente mientras agarraba su comunicador—. Llamaré al General ahora mismo.

Moranda apagó su comunicador.

—Vamos —dijo. Cruzaron la calle y entraron en la tienda de dulces que ella había señalado antes de hacer su llamada a Nyroska. Zigzagueando a través de la masa de clientes, principalmente duros, dirigió

sus pasos hacia la entrada de empleados en la parte trasera y bajó un tramo de escaleras hasta la calle, al pie de la cuesta. Con gratificante puntualidad, el camión deslizador de mantenimiento de calles que había identificado desde su anterior posición aventajada vino a moverse pesadamente justo cuando alcanzaban la calle, y un momento más tarde, ella y Garm estaban acomodados a salvo en el interior del cubo vacío de almacenamiento de escombros, en la parte trasera.

—¿No crees que registrarán esta cosa? —preguntó Garm, mirando cautelosamente al exterior a través de la abertura de acceso trasera, a través de la cual acababan de trepar.

—No cuando vean que el cubo está ya lleno de basura —le dijo Moranda, desabrochando su falda exterior y quitándosela. Dándole la vuelta para que se mostrara su lado marrón, la dispuso de un lado a otro de sus pies y rodillas, donde sería todo lo que se podría ver a través de la abertura sin un examen cercano—. Todo está en la percepción.

—Supongo que sí. —Dudó—. ¿Así que le dispararon con su propia arma?

—A no ser que alguien más en la ciudad tenga guardado un Luxan —coincidió Moranda sobriamente—. ¿Qué piensas? ¿Horn o la misma Isard?

—Difícil de pensar en cualquiera de ellos —dijo Garm, negando con la cabeza—. A no ser que Isard encontrara las tarjetas de datos y asumiera que su asistente estaba involucrado.

—Podría ser —dijo Moranda, estudiando la cara de Garm por el rabillo del ojo. Habían reducido sus presentaciones estrictamente al nombre de pila; pero incluso a través del sencillo disfraz que llevaba había algo vagamente familiar en ese hombre.

Sus ojos en particular. Unos ojos fuertes y cómplices, ricos en conocimiento y sabiduría, y algo de un dolor profundo pero privado. Dolor reciente, también, si ella podía juzgar tales cosas. O puede que fuera su voz. ¿Podía ser alguien a quien había oído hablar en las Redes de Noticias?

Decididamente, apartó la vista. La situación picó su curiosidad, pero en ese momento tenía cosas más urgentes de las que preocuparse que un hombre más en fuga.

—¿Algún signo ya de los deslizadores?

—Oh, están ahí fuera —le aseguró Garm, inclinándose sobre las rodillas de Moranda para tratar de ver su improvisado camuflaje—. El Coronel Nyroska podrá ser otras muchas cosas, pero lo seguro es que es rápido.

—Sí —coincidió Moranda—. Bien, esperemos que una llamada más lo consiga.

—¿Conseguir qué? ¿Qué nos atrapen? —preguntó Garm mordazmente—. Aparte de apelar a tu lado juguetón, no sé qué se supone que deben conseguir estas llamadas.

—Necesitamos sacar a Isard de su escondite —le dijo Moranda pacientemente—. Eso implica atraerla a alguna localización conocida. Asumiendo que sea suficientemente hábil para fijarse en toda esta actividad de deslizadores de Defensa, espero que esto la intrigue lo suficiente como para dirigirse a una de las oficinas de Seguridad para averiguar lo que está ocurriendo. El único truco estará en adivinar cuál de ellas elegirá.

—Probablemente ninguna de ellas —dijo Garm—. Lo más seguro es que, en lugar de eso, vaya a la dependencia de Inteligencia local.

Moranda parpadeó.

—¿Dependencia de Inteligencia?

—Claro —dijo Garm—. Tendrá capacidad de acceso a computadores, y puede que algún personal extra al que pueda recurrir. Aunque no es probable; esta estación parece demasiado pequeña para tener personal permanente.

Moranda miró fijamente su perfil.

—¿Cómo sabes todo esto?

Él se encogió de hombros.

—Tengo acceso a ciertos archivos.

—Estupendo —gruñó ella—. ¿Y no se te ha ocurrido mencionarme esto antes?

Él volvió aquellos penetrantes ojos hacia ella.

—Antes no sabía a dónde querías ir a parar —recordó él con suavidad.

Ella hizo rechinar los dientes. Pero él tenía razón.

—Realmente, un día de estos tenemos que organizar nuestras acciones —dijo ella—. Bien. ¿Dónde está esa dependencia?

—Es una pequeña boutique, aparentemente fuera de negocio, en la principal zona de compras del lado oeste —le dijo él—. No recuerdo el nombre, pero tengo la dirección.

—Suficiente —dijo ella—. En cuanto salgamos de la red de Nyroska, nos haremos con un deslizador y nos pasaremos por allí. —Ella frunció el ceño al sobrevenirle un repentino pensamiento—. Supongo que ese lugar no tendrá una reserva oculta de armas extra con la que Isard pudiera cargar, ¿verdad?

—Probablemente.

Moranda asintió gravemente.

—Estupendo.

Habían estado sentados durante casi una hora en la parte trasera del concurrido tapcafé al aire libre junto a la Boutique ClearSkys cuando Moranda se enderezó de pronto y asintió con la cabeza.

—Ahí está ella —dijo, asintiendo sobre el borde de su taza hacia la derecha de Bel Iblis.

De manera casual, tomando mientras un sorbo de su propia bebida, Bel Iblis miró en esa dirección. Apenas veinte metros más allá, un deslizador familiar se introducía en una zona de aparcamiento. Y fuera de él salía...

—Bien, bien, bien —murmuró Moranda—. Horn está aún con ella.

—Te dije que Isard inventó una historia para él en el local de Arkos —recordó Bel Iblis.

—Claro, pero no esperaba de él que aún se lo creyera —dijo Moranda—. Hace tiempo que debería haber cortado en dos esa historia.

—O si no, ella ya habría conseguido lo que quería y se habría deshecho de él —coincidió Bel Iblis, frunciendo el ceño mientras Horn se giraba lentamente junto al deslizador, inspeccionando de forma automática el área. Sus ojos pasaron sobre ellos sin un destello de reconocimiento, con la brisa abriendo su cuello mientras continuaba su giro—. Dame tus macrobinoculares. Rápido.

—¿Qué ocurre? —preguntó Moranda, pasándole el pequeño juego bajo la mesa.

—Posibles problemas —dijo Bel Iblis. Ocultando los macrobinoculares con manos y taza, los deslizó a sus ojos y los enfocó hacia el cuello de Horn mientras ellos cruzaban la calle hacia la boutique.

Una nítida mirada fue todo lo que necesitó.

—Definitivamente, problemas —dijo él con gravedad, bajando los macrobinoculares—. Horn lleva un collar de estrangulamiento.

—Oh, encantador —dijo Moranda—. Qué agradable mujer es tu Ysanne Isard.

Isard echó la llave a la puerta, y ella y Horn desaparecieron en el interior del ClearSkys.

—Esto cambia las cosas, Moranda —dijo Bel Iblis tranquilamente, preparándose para la inevitable discusión—. Ese collar de estrangulamiento irá asociado a un interruptor de hombre muerto. No voy a arriesgarme a que Horn muera si Isard lo deja caer, o si cae herida o muerta.

—Estoy de acuerdo —dijo ella—. Por otro lado, de ningún modo puedo pretender sacar esas tarjetas de datos del coche si tú no los retienes con fuego de bláster...

—Espera un segundo —la cortó Bel Iblis, frunciendo el ceño. Lo inevitable no había ocurrido—. ¿Has oído lo que he dicho? Horn es un hombre bueno y valioso, y no voy a arriesgar su vida.

—Sí, te he oído —dijo ella—. He dicho que estoy de acuerdo.

—Pero... —dijo él, confundido.

Ella levantó las cejas.

—¿Qué? ¿Sólo porque Horn me ha perseguido por medio Imperio crees que debería estar dispuesta y ansiosa de permitir que lo vaporicen?

—Algo así, sí.

Ella apartó su mirada y la dirigió hacia la boutique.

—Aunque pueda parecer extraño, Garm, en los últimos años me he acostumbrado de algún modo a tener a Horn pisándome los talones. Es un adversario bastante bueno, contra el que merece la pena comparar el ingenio, ¿sabes? Disfruto bastante de ese tipo de retos. —Ella sonrió socarronamente—. Además, sé que si es él quien hace caer el martillo sobre mí, seré tratada con justicia. En el nuevo gran Imperio de Palpatine, no hay muchos agentes de la ley en los que confiaría tanto.

—Me alegro de que estemos del mismo lado en esto —dijo Bel Iblis, liberándose su pecho de algo de su estrechez. Arkos sabía poco más que el nombre de esta mujer, pero su despreocupada confianza, retorcimiento y talento de carterista habían creado en su mente la estereotípica imagen marginal, de alguien dispuesto a hacer cualquier cosa para conseguir lo que quisiera. El hecho de que el asesinato casual, o incluso colateral, estuviera aparentemente fuera de sus límites éticos hizo considerablemente más aceptable para su conciencia trabajar con ella.

De hecho, esto no la hacía peor que algunos de los que estaban ya luchando a su lado en la Rebelión. Puede que, incluso, no fuera peor que la media.

—Entonces, ¿ahora qué? —Moranda se mordió el labio con delicadeza—. ¿Fuiste capaz de obtener algún detalle sobre el collar de estrangulamiento? —preguntó—. ¿Diseño, fabricante, algo?

Bel Iblis examinó su memoria.

—Todo lo que he podido ver es que es negro —dijo—. Oh, y tenía lo que parecía una pequeña llave de cierre a la izquierda de su garganta.

—Interesante —dijo ella pensativamente—. Probablemente un diseño Jostrian, entonces. Emplean firmes llaves de cierre mecánicas para evitar que alguien pueda explorar las frecuencias de cierre y lo desabroche.

—¿Entonces no podemos hacer nada?

—Yo no he dicho eso —dijo ella, aún pensativa—. Sigue vigilando aquí. Voy a dejarme caer por esa pequeña tienda de electrónica.

—¿Y después?

Ella le dio una palmada en la mano.

—Confía en mí.

—Yo estaba en lo cierto —dijo Isard, tecleando en el ordenador de la dependencia de Inteligencia—. Efectivamente, esos deslizadores de Defensa respondían a tu amiga Savich.

—¿La identifica por su nombre? —preguntó Hal.

Isard le lanzó una despectiva mirada.

—Por supuesto que sí. Y también incluye la enumeración de sus identificaciones y su perfil de asociados. Si vas a hacer preguntas estúpidas, Horn, mantén la boca cerrada.

Hal reprimió firmemente su lengua mientras Isard se volvía hacia el computador con un bufido. A medida que avanzaba el día, ella se estaba poniendo cada vez más malhumorada, y encontrar que el último enlace conocido entre Arkos y el encargado del Continuum Void había escapado de la madriguera parecía haber sido el último resorte. El enfado, la frustración y la sed de sangre estaban a punto de estallar bajo la superficie, sostenidas bajo control por auténtica fuerza de voluntad.

Y si no se desataba algo pronto, sospechaba Hal, parte de esa sed de sangre muy bien podría gastarse en un oportuno inspector de la Seguridad Corelliana a quien claramente estaba empezando a considerar menos que útil.

Él tragó saliva, con el movimiento de su garganta constreñido notablemente por el desproporcionado nudo alrededor de su cuello. De cualquier modo, ¿qué había en el datapack desaparecido, en el nombre del sastre de Vader?

Y entonces, en su cinturón, silbó su comunicador.

Isard se giró como si la hubieran picado.

—¿Qué es eso? —exigió.

—Mi comunicador —dijo Hal.

—Ya sé que es tu comunicador —gruñó fríamente, bajando de su silla y avanzando hacia él—. ¿Quién sabe que estás aquí?

—Sólo el Coronel Nyroska —dijo Hal, sacando el dispositivo—. ¿Quieres que conteste?

—Por supuesto —dijo ella, situándose a su lado—. Puede que haya conseguido alguna pista de Savich. Hal asintió y lo encendió.

—Horn.

—Hola, Inspector —respondió una alegre voz femenina—. Soy Moranda Savich. ¿Cómo estás?

Hal sintió su aliento atrapado en la garganta.

—¿Cómo has conseguido esta frecuencia?

—Oh, no seas tonto —le reprendió ella—. La registraste al llegar a Darkknell, ¿recuerdas? Desafortunadamente, tu amiga Imperial no lo hizo, al menos no bajo un nombre que yo pudiera encontrar. ¿Está ahí contigo, por casualidad?

—Estoy aquí. —Isard levantó la voz con calma glacial—. ¿Tienes mi datapack?

—Claro, si tú tienes mi dinero —dijo Moranda—. El precio es un millón, en divisa imperial.

Hal miró furtivamente la cara de Isard, preguntándose si se aproximaba ya al deshielo. Pero, para su sorpresa, los ojos que le devolvían la mirada permanecían tan calmados y fríos como nunca los había visto. Con, al menos, un manejo potencial de la situación, su anterior frustración e irritación se habían evaporado en un completo profesionalismo.

—Tienes una opinión bastante inflada de lo que vale —dijo Isard—. Te pagaré cien mil.

Moranda aspiró audiblemente.

—Eso es bastante tacaño, incluso para un imperial. Si tú no quieres jugar, estoy segura de que alguien más lo hará.

—¿Como el Coronel Nyroska, por ejemplo?

—Exactamente, como el Coronel Nyroska —dijo Moranda aprobándolo—. Es cierto, a veces olvido lo adeptos que sois los imperiales a introducirlos en sistemas informáticos oficiales. No te habrás fijado si ha reunido ya su millón, ¿verdad?

—Ha empezado a hacer consultas —confirmó Isard con calma—. Puedo asegurarte, sin embargo, que preferirás tratar conmigo.

—Mi plan es tratar con el mejor postor —dijo Moranda mordazmente—. Con todo, estoy segura de que la Inteligencia Imperial puede pujar más alto que una atrasada parada de repostaje como Darkknell.

—Ciertamente —dijo Isard, con su voz casi sedosa y la amenaza implícita—. Junto con esos cien mil también puedo garantizarte la posibilidad de irte de aquí con tu piel intacta.

—No me hagas reír. —Moranda aspiró—. He eludido al Inspector Horn durante años. ¿Crees que no puedo hacer lo mismo con la Inteligencia Imperial?

—No —dijo Isard llanamente—. No creo que puedas.

—Mira cómo tiemblo —dijo Moranda—. Éste es el trato. Te daré a ti y a Nyroska una hora para reunir lo convenido... sólo efectivo, por supuesto. Entonces, me encontraré con vosotros en el almacén número catorce, en el Clúster Firtee, norte de la ciudad, y uno de vosotros se marchará con el datapack. ¿Está claro?

—Mucho —dijo Isard suavemente.

—Y no insultes mi inteligencia intentando alguna lindeza —advirtió Moranda—. Soy bastante buena en este tipo de juegos. Una hora, y ven sola.

El comunicador se apagó.

—Ciertamente, vendremos solos —coincidió Isard, como si estuviera hablando consigo misma mientras se sentaba de nuevo al ordenador—. No querríamos la molestia de testigos, ¿verdad?

—¿Qué estamos haciendo? —preguntó Hal mientras ella empezaba a teclear la terminal.

—Estoy evitando que el terreno se abarrote —le dijo ella—. En concreto, estoy enviando al contingente completo de Nyroska a un pequeño ejercicio de entrenamiento improvisado.

Hal sintió que su mandíbula caía.

—No hablas en serio. No pueden caer en algo tan descarado.

—Déjale —replicó Isard—. Para cuando sus graznidos atraigan la atención de alguien, hará tiempo que el datapack y yo nos habremos ido.

Hal hizo una mueca.

—Dejándole sin nada que hacer salvo encontrar a alguien sobre el que cargar la culpa. ¿Yo, por ejemplo?

Isard le concedió una fría y desapasionada mirada, y entonces se giró hacia el ordenador.

—Piensa en ello como tu oportunidad para proporcionar un servicio único al Imperio.

—Sí —murmuró Hal—. Por supuesto.

—No puedo decir que el General esté exactamente entusiasmado con la situación —informó Barclo, apagando su comunicador—. Pero está bastante intrigado. Dice que si puede probar que este datapack vale realmente un millón, puede tener el dinero preparado en dos horas.

—Bien —dijo Nyroska, tecleando en su ordenador—. Bien, bien: el rastreo sobre el código de nuestro gran rubio del mortuorio acaba de volver vacío. Lo que significa que su identificación era completamente falsa.

—Gran sorpresa —gruñó Barclo—. Probablemente, la mitad de las identificaciones en el sur de Xakrea son falsas.

—Sí, pero no de esta calidad —dijo Nyroska—. La suya rastreó todo el camino de vuelta a Coruscant antes de esfumarse. Eso significa...

Paró cuando silbó su comunicador.

—Allá vamos —dijo, cogiéndolo—. Apuesto tu próxima promoción a que es ella. —Lo encendió—. Nyroska.

—¿Coronel? —dijo una desconocida voz humana masculina—. Mi nombre es... bien, eso no importa. Soy un socio... antiguo socio, más bien, de la mujer con la que ha estado tratando sobre este asunto del datapack.

—Ya veo —dijo Nyroska—. ¿Qué puedo hacer por usted?

—Puede sacarme de este lío, eso puede hacer —dijo el otro nervioso—. Todo esto se ha ido completamente de las manos. ¿Sabía que ella está tratando realmente de pescar a un agente de la Inteligencia Imperial? Esto se está poniendo demasiado peligroso, y yo estoy preparado para cortar mis pérdidas e irme.

—Aplaudo su sabiduría —dijo Nyroska—. Déme el datapack y me aseguraré de que pueda alejarse.

Hubo una pausa.

—Sí —dijo finalmente el que había llamado, con un poco de incertidumbre—. Problema: realmente no lo tengo conmigo. Pero puedo señalársela, y ella sabe dónde está. Regresará a un tapcafé justo al lado de algo llamado Boutique ClearSkys; estará de vuelta en cualquier momento. Llegue rápido, ¿está claro?

—Vamos de camino —prometió Nyroska. Con la última palabra, el comunicador se apagó—. ¿Y bien? —añadió a Barclo.

—Podría ser un engaño —dijo Barclo, frunciendo el ceño ante su mesa—. Por otro lado, el rastro le sitúa en esa área. Diría que merece la pena probar.

—De acuerdo —dijo Nyroska, tecleando su ordenador. Hizo una pausa y tecleó de nuevo—. ¿Pero qué...?

—¿Qué ocurre? —preguntó Barclo.

—Mis tropas —dijo Nyroska, agitando su ordenador—. Todas han sido enviadas al puerto espacial.

—¿Qué? ¿Por qué?

—No lo sé —Nyroska apretó los dientes, golpeando las teclas—. Son órdenes falsas... Tienen que serlo. El General no las habría enviado sin avisarme primero. Pero las órdenes muestran la autorización correcta, y están cerradas —juró—. Y además las tropas están incomunicadas. —Repentinamente, se detuvo—. Diez a uno a que es una táctica de nuestra ladrona de datapacks para retrasarnos —rechinó—. Y yo no tengo ninguna intención de que me retrasen. Traiga a Thykele, de la oficina exterior, y vámonos.

—¿Cree que será suficiente con tres de nosotros? —preguntó Barclo, cogiendo su bláster de un cajón del escritorio mientras se levantaba.

—Lo haremos suficiente —dijo Nyroska gravemente, comprobando su propio bláster y encajándolo en su pistolera—. Esta vez no va a escapar.

Habían dejado la boutique y se dirigían al otro lado de la calle cuando el comunicador de Hal sonó de nuevo.

—¿Contesto? —preguntó.

—Mejor, probablemente —gruñó Isard, agarrando su brazo y dirigiéndole al costado de la calle, junto al deslizador—. Puede que Savich aún no haya terminado con sus pequeños juegos.

Hal sacó el aparato, echando un automático vistazo a los alrededores, como solía hacer. Había habido una cierta renovación en la clientela del tapcafé desde que habían entrado en la boutique, y media manzana más abajo, un par de kubaz estaban descargando un camión deslizador, pero nada más parecía haber cambiado.

—Horn.

—Hola, Inspector —retornó la voz de Moranda—. Sólo quería ver si usted y su imperial marchaban aún según lo previsto.

—Estamos en ello, sí —dijo Hal.

—Bien —dijo Moranda con alegría—. También quería decirle que acabo de hablar con Nyroska, y está preparado para ofrecerme dos millones.

—¿Ahora lo está? —se metió Isard, mirando ferozmente al comunicador en las manos de Hal como si Moranda la pudiera ver a través de él. Calle abajo, uno de los kubaz dejó caer una caja sobre la calle con un ruidoso golpe—. Ahora escúchame, pequeño cadáver andante —rugió—. Y escúchame con atención.

Comenzó a pronunciar una amenaza exquisitamente detallada, un recital al que Hal habría prestado gran atención, aunque sólo fuera por interés profesional. Pero en este caso, ni siquiera estaba escuchando. Isard, con toda la atención concentrada en su ira, su orgullo y sus amenazas, había ignorado completamente que el estruendo de aquella caja caída había resonado levemente en el micrófono del comunicador de Moranda.

Lo que significaba que Moranda estaba allí, en alguna parte.

Lentamente, con cuidado, Hal rastreó el área con sus ojos, estudiando cada cara visible y escrutando las ventanas y portales menos visibles. Su mirada cayó sobre una mujer a unos quince metros, en una de las mesas del tapcafé, con su cara de perfil hacia él mientras miraba meditativamente las distantes montañas que se elevaban sobre la ciudad, y con una taza sostenida hacia sus labios. Tenía la altura y constitución correctas, pero podía ver ambas manos con suficiente claridad como para decir que no había comunicador en ninguna de ellas. A no ser que tuviera el dispositivo sujeto a su collar, o algo así...

—Lo capto —intervino Moranda, cortando la amenaza de Isard—. Aquí está la ruta que quiero que sigas hasta el almacén. Escucha con atención, y no interrumpas.

Se lanzó a una detallada lista de calles, esquinas, giros y vueltas atrás. Mientras, la mujer en la mesa del tapcafé soltó la taza y se levantó, sacando una moneda de su bolso de cadera y dejándolo caer sobre

la mesa. Se giró hacia Hal e Isard, y avanzó en su dirección, ojeando de un lado a otro entre los distintos carteles de negocios que se alineaban en la calle.

Y ciertamente, no había ningún comunicador abrochado a su collar, ni ningún revelador bulto bajo su chaqueta donde pudiera estar escondido. Escuchando con media oreja las instrucciones de Moranda que zumbaban monótonamente en su comunicador, Hal desplazó su atención a los portales de los alrededores. Ella tenía que estar ahí, en alguna parte...

—¿Hal? —llamó una voz de mujer con excitación—. ¿Hal Horn?

Él volvió sus ojos a la mujer que se acercaba a ellos. Le estaba mirando con amplios ojos, y la boca enormemente abierta en una feliz sonrisa de reconocimiento.

—Eres tú —dijo ella, ahora casi saltando mientras se reducía la distancia hasta él—. Bueno, seré el desayuno de un mynock. Allyse Conroy, ¿recuerdas? ¿Cómo estás?

—Uh —dijo Hal, mirando con confusión a Isard mientras rebuscaba en vano en su memoria a alguna Allyse Conroy—. Estoy...

Isard le arrancó el comunicador de la mano.

—Tenemos problemas —cortó el monólogo de Moranda—. Llámanos en diez minutos.

Sin esperar respuesta, lo apagó.

—Imagínate, de todos los lugares, tropezar contigo aquí, en Darkknell —dijo la mujer, con su sonrisa incluso más grande que antes—. ¿Cómo están Nyche y Corran? ¿Cuántos tiene él ya, dieciséis años?

—Dieciocho —dijo él, encogiéndose mientras ella levantaba sus brazos para un abrazo. Pero su entusiasmo difícilmente podía ser parado por algo tan simple como eso, y lo siguiente que supo es que tenía los brazos de ella rodeándole, apretando estrechamente su cuerpo contra el de él—. Ah, Allyse...

—Es tan bueno verte —dijo ella, con su voz extrañamente ahogada mientras hablaba en su hombro, con su cara presionada contra el lado izquierdo de la de él, su respiración desconcertantemente cálida en su cuello—. ¿Qué tal estos últimos años?

Hal miró más allá de su cabeza. Isard se había situado tras ella y estaba mostrando a Hal la misma clase de mirada que había estado mostrando al comunicador.

—En realidad, Allyse, estoy algo ocupado ahora mismo —dijo a la mujer, tratando de despegarse de ella diplomáticamente. Una pérdida de tiempo; sus brazos apretaron aún con más fuerza a su alrededor—. De hecho, estoy en mitad de algo muy importante. Me tengo que ir.

—Imagínate, tropezar contigo aquí —repitió ella—. ¿Será el destino o qué?

Los ojos de Isard estaban empezando a lanzar chispas. Preparándose, Hal tomó una profunda inspiración y agarró firmemente las costillas de Allyse.

Y abruptamente se quedó helado. Levemente detectables con esa inspiración había dos aromas característicos: el fuerte olor del humo de cigarro, y la más sutil fragancia del licor Gralish.

¿Moranda Savich?

Abrió su boca para hablar; pero antes de que pudiera reunir las palabras adecuadas, los brazos que constreñían a ambos se aflojaron y ella retrocedió. Él vislumbró el esbelto fuerzaceraduras entre sus labios antes de desvanecerse de nuevo en su boca, y tardíamente percibió que la presión del collar de estrangulamiento alrededor de su cuello había desaparecido...

Y con su sonrisa aún en su lugar, Allyse se inclinó hacia Isard.

—Cuánto lo siento —exclamó, girándose con velocidad felina y agarrando la chaqueta de Isard a tiempo para evitar caer hacia atrás—. Torpe de mí —añadió, ocupada en cepillar la chaqueta de Isard donde su agarrón la había arrugado momentáneamente—. ¿Está bien?

—Márchese —exclamó Isard, poniendo una palma contra el pecho de Allyse y empujándola hacia un lado. El empujón la tiró contra el costado del deslizador, revolviendo sus manos en busca de equilibrio hasta agarrar la parte superior de la puerta.

—Sí, por supuesto —dijo Allyse en un tono apagado.

—No tienes por qué ser tan dura —reprobó Hal a Isard educadamente, con sus ojos examinando la cara de Allyse. Normalmente era capaz de extraer las facciones de Moranda de debajo de las máscaras de sus muchos y variados disfraces, pero ahí, a primera vista al menos, era incapaz de encontrarla en esa indignada expresión. Puede que no fuera ella, después de todo.

—Debería estar agradecida de que no me he puesto dura —respondió Isard ácidamente—. Ahora, aléjate de nuestro deslizador. Tenemos asuntos que atender.

—No lo creo —dijo una voz desde la derecha de Hal.

Él se giró. El coronel Nyroska, flanqueado por dos oficiales de Defensa uniformados, avanzaba en su dirección. Los tres portaban blásters.

—Coronel Nyroska —asintió Hal—. ¿Qué le trae por aquí?

—Esa amiga suya, Inspector Horn —dijo Nyroska, con su mirada desplazándose sobre el hombro de Hal—. Ella y yo necesitamos tener una larga conversación.

—¿Mi amiga? —Hal frunció el ceño, girándose para mirar a Allyse.

Pero ella no estaba, como esperaba, esperando con la apariencia marchita y vencida de un criminal o fugitivo que finalmente había caído. En lugar de esto, permanecía alta y orgullosa, con una expresión casi altanera en su cara.

—Le felicito por su excelente sincronización, Coronel —dijo ella con una voz que correspondía con la cara mientras hacía un gesto hacia Isard—. Ahí está su ladrona y mi agente rebelde. Arréstela.

Su puro descaró cogió a Isard completamente fuera de juego.

—¿Qué demonios...? —escupió—. Tú, pequeña... ¡atrás! —rugió mientras uno de los hombres de Nyroska agarraba su brazo—. ¡Atrás todos!

Su mano se introdujo bajo su chaqueta, y entonces se congeló cuando tres blásters se alinearon repentinamente en su cara.

—Está cometiendo un gran error, Coronel —dijo con tranquilidad—. Un gran error. Soy la Agente de Campo de la Inteligencia Imperial Ysanne Isard.

—Ciertamente —dijo Nyroska con calma—. ¿Tiene identificación?

—Por supuesto —dijo ella, deslizando su mano a otro lugar bajo su chaqueta. Su mano se detuvo, su cara cambió, y giró su cabeza hacia Allyse—. Devuélvela —exclamó—. Mi identificación. Devuélvela.

—Buen intento —dijo Allyse condescendentemente, levantando sus brazos—. Como puede comprobar, Coronel, no tengo nada suyo. Sin embargo, si nos acompaña de vuelta a su cuartel, me agradecerá hacer que mi personal transmita las credenciales que ella mencionó.

La boca de Isard se abrió de par en par.

—¿Que hará qué?

—Presentar mis credenciales —dijo Allyse, volviendo una mirada glacial a Isard—. Ya ve, Coronel. Yo soy la Agente de Campo Ysanne Isard.

—Esto ya ha llegado bastante lejos —gruñó Isard—. Horn, diga al Coronel quién soy exactamente.

—¿Inspector Horn? —invitó Nyroska.

Hal vaciló.

—Ella me dijo que era la Agente de Campo Isard —admitió—. Pero la única identificación que me mostró la identificaba como la agente de la Seguridad Especial de Darkknell Katya Glasc.

—Hecho —dijo Nyroska, con una voz repentinamente fría mientras miraba a Isard con reforzado interés—. La suplantación de agentes de la ley es un delito de clase uno en Darkknell. ¿Y es ella por casualidad la que le puso ese dispositivo sumamente ilegal alrededor del cuello?

Hal avanzó y se quitó el aflojado collar de estrangulamiento.

—Sí —dijo entregándolo al coronel.

Los ojos de Isard eran explosivos pozos de muerte.

—Estás muerto, Horn. Muerto.

—Sólo puedo decir lo que sé —dijo Hal—. Cualquier prueba más allá de eso depende de ti.

—En efecto —ella respiró—. Está bien, Coronel, usted gana. Vayamos a su cuartel y acabemos con esto. —Ella miró a Allyse—. Vayamos todos nosotros.

—Por supuesto —dijo Nyroska suavemente—. No permitiría que fuera de otra manera.

Bel Iblis esperó cinco minutos después de que Moranda y los demás hubieron abandonado la escena antes de aproximarse cautelosamente al abandonado deslizador e introducirse en él. Nadie gritó de triunfo ante su aparición; nadie ni tan siquiera reparó en él, al menos hasta donde él sabía. Dos minutos más tarde, trabajando torpemente en el pequeño espacio, había extraído el panel interno de la puerta.

Las tarjetas de datos estaban ahí, correctamente amontonadas en el fondo de ese estrecho espacio. Acomodada entre ellas estaba una tarjeta adicional, que portaba los símbolos oficiales imperiales. La identificación de Inteligencia perdida por Ysanne Isard, sin duda.

Durante un momento, Bel Iblis consideró llevársela, pero decidió que no merecía el riesgo de ser atrapado con ella, y la dejó donde estaba. Además, si Moranda estaba en lo cierto sobre ser capaz de convencerlos para que la dejaran salir, aunque no podía ni imaginar cómo lo iba a hacer, probablemente querría localizar el vehículo y hacerse con la identificación.

Él recolocó el panel holgadamente en su lugar, sintiendo una punzada en la conciencia mientras lo hacía. Sí, todo esto había sido idea de Moranda en primer lugar, un desafío con el que parecía entusiasmada, pero ésta era una misión de él y de la Rebelión, y aún así, era Moranda quien había terminado haciendo la mayor parte del trabajo y quien había asumido todos los riesgos.

Y no por el rotundo millón en divisa imperial que ella había exigido a Isard, sino por la relativa miseria que él y Arkos habían podido reunir. Algún día, si todos ellos sobrevivían a esto, tendría que encontrar un modo de congraciarse con ella.

Y el primer paso en el proceso de supervivencia, se recordó, sería encontrarse con Arkos, conseguir salir con esas tarjetas de datos de Darkknell y regresar a la Rebelión. Y allí, averiguar qué conllevaba exactamente el proyecto Estrella de la Muerte de Tarkin.

—Buena suerte, Moranda —murmuró mientras trepaba al exterior del deslizador y cerraba la puerta tras él con delicadeza—. Que la Fuerza te acompañe. Que nos acompañe a todos.

Hal habría apostado dinero a que los ojos de Isard no podían ponerse más furiosos de lo que lo habían estado en el exterior de la Boutique ClearSkyles. Se equivocaba.

—¿Cómo que se ha ido? —tronó, surgiendo sobre el escritorio de Nyroska como una enloquecida nube de tormenta—. ¿Cómo puede haberse ido? ¡La encerró en una celda, por Palpatine!

—Lo siento, Agente de Campo Isard —dijo Nyroska en tono de disculpa, tratando claramente de presionar hacia atrás contra su silla tanto como podía—. Mi gente me aseguró que estaba adecuadamente asegurada. Aparentemente, se equivocaban.

—Aparentemente eran idiotas —contraatacó Isard—. ¿Y qué está haciendo exactamente para recapturarla?

—Hemos activado una alerta planetaria —contestó Nyroska—. Si aún está en Darkknell, la atraparemos.

El bufido de Isard mostró concisamente su opinión sobre eso.

—Y usted —rugió, volviendo su mirada hacia Hal—. Si averiguo que esa era Savich y que usted lo sabía y no dijo nada, haré que utilicen su cabeza para la práctica del shockball, ¿está claro?

—Está claro —dijo Hal—. Y repito: no veo cómo podría haber sido ella, abrazándome al mismo tiempo que nos daba indicaciones hacia el almacén a través del comunicador. Lo más probable es que fuera alguna aliada interfiriendo para ella.

—En ese caso, más te vale que Nyroska la atrape —dijo Isard—. Porque si ella o alguien sale del planeta con ese datapack, pediré la cabeza de ambos. —Se volvió hacia Nyroska—. Estaré en mi nave —exclamó—. Ya tiene mi frecuencia de comunicador. Hágame saber cualquier cosa que se descubra de ambas mujeres. Cualquier cosa. ¿Entendido?

—Lo haremos, Agente de Campo Isard —dijo Nyroska humildemente.

Dándose la vuelta, ella avanzó airadamente hasta la puerta y dio un portazo.

Nyroska espiró andrajosamente.

—Ahora tenemos problemas, Inspector —dijo con tranquilidad.

—El Imperio entero puede tener problemas si ese datapack sale del planeta —coincidió Hal—. Al menos, si su reacción a la situación es algo por lo que debamos guiarnos. Pero para ser honesto, no creo que usted y yo vayamos a ser los más perjudicados por esto, no por ella en cualquier caso. Isard tiene el orgullo de tres escuadrones TIE, y lanzar la ira de la Inteligencia oficial contra nosotros arrojaría una luz embarazosamente mala sobre ella.

—¿Tan mala como la que arrojaría sobre nosotros?

—Probablemente no —admitió Hal—. Pero las personas como ella sólo se arriesgan a desprestigiarse si la recompensa potencial lo merece. Francamente, no es el caso de ninguno de nosotros. —Él negó con la cabeza—. No, sea cual sea la metralla que venga de esto, va a golpear contra otro lugar.

—¿Contra miembros de la Alianza Rebelde, tal vez?

Hal se encogió de hombros.

—O aquellos que Isard decida que son miembros —dijo—. Lo sean o no.

Nyroska golpeó con la punta de sus dedos el lateral de su escritorio.

—Un lío, ciertamente —dijo—. No me gustaría calzar sus botas cuando tenga que regresar e informar de esto a su padre.

Hal asintió con sobriedad.

—Brindaré por ello.

—¿Qué es esto? —preguntó el camarero, frunciendo el ceño ante los dos pequeños objetos que descansaban en la palma de su mano.

—Estaban dentro de la taza, en esa mesa de ahí —dijo el joven limpiador con excitación, apuntando al otro lado del tapcafé—. En la que estaba sentada la mujer de pelo oscuro.

—¿Cuál? ¿La involucrada en esa Agencia de Defensa, que se fue calle abajo?

—Sí, ella. —El limpiador señaló el comunicador en la mano del camarero—. Mire, el comunicador todavía está encendido. Intenté hablar, pero nadie contestó.

—Cortarían la comunicación desde el otro extremo —gruñó el camarero.

—Eso pensé —coincidió el limpiador—. Pero lo realmente extraño es esta grabadora. Adelante, reproduzcala.

Lanzando al chico una especulativa mirada desde debajo de sus espesas cejas, el camarero arrancó la finísima grabadora de su palma y pulsó la tecla de reproducción.

—A continuación, debes cruzar la calle y tomar un transporte hacia el norte —una voz femenina salió del dispositivo—. Si no hay ninguno, espere. Lo habrá. Monta en él hasta la esquina de Pontrin y Jedilore, y entonces baja y entra en la tienda de ropa que encontrará en la esquina...

—¿Lo oye? —dijo el limpiador—. Es como la búsqueda de un tesoro, ¿no?

El camarero aspiró.

—Es una travesura —declaró, parando la grabación y devolviendo bruscamente la grabadora y el comunicador al limpiador—. Toma, te los puedes quedar.

El chico los cogió con indecisión.

—Pero ¿y si no es una travesura?

—Lo es —aseguró el camarero con una inspiración—. Confía en mí, muchacho. No hay ningún tesoro que merezca la pena buscar en Darkknell. Nunca lo ha habido; nunca lo habrá.

Epílogo

Michael A. Stackpole

Armand Isard levantó la vista por encima de su escritorio, ligeramente más enojado porque su hija había dejado la puerta abierta tras ellas, que por haber entrado sin pedir permiso. Ella avanzó hacia él con demasiada rapidez, con sus desiguales ojos en llamas. Él levantó una mano y apuntó a la silla situada ante su escritorio.

—Por favor, toma asiento.

Ella echó un vistazo a la silla, y entonces le miró a él.

—¿Puedo confiar en que es seguro?

—Si el resultado de esta operación era tu muerte, estarías muerta, Agente Isard. —Armand intentaba mantener su voz tan fría como lo haría al dirigirse a cualquier agente insubordinado de su organización, pero de cualquier modo, sangraba un indicio de enojo—. Por favor.

Ella se acomodó sobre su cojín marrón de sintocuero, aunque su cuerpo parecía tan tenso como si él la estuviera pidiendo sentarse en una silla atestada de afilados fragmentos de transpariacero.

Él tocó el datapad sobre su escritorio.

—He leído el informe que enviaste sobre la acción en Darkknell, y he hablado al Emperador en tu nombre. No morirás a pesar de tu fracaso,

La postura de ella se alivió un poco, pero no en el modo en que él habría esperado. Ella se inclinó hacia delante, menos rígida, más ágil, como un depredador preparándose para saltar.

—No temo por mi vida a manos del Emperador, padre.

—¿No?

—No. Él ha leído el informe sobre Darkknell, el informe completo sobre Darkknell.

Sus palabras helaron el corazón de él en su pecho, y la aparición de dos Guardias Reales deslizándose a través de la puerta abierta lo hicieron volver a latir, muy rápidamente.

—¿Qué quieres decir? ¿Qué informe completo?

Ysanne resopló.

—¿Creías que no vería lo que estaba pasando, padre? Me enviaste a una misión increíblemente delicada, una que, claramente, sólo darías a un agente en el que tuvieras suma confianza. Era también una misión que llevaría a la muerte de ese agente si fallaba, y ese fue tu objetivo en todo momento.

—¡Tonterías!

—Difícilmente. —Ysanne permitió deslizarse una sonrisa por sus labios—. Ya ves, padre, tu plan tuvo éxito. La información que querías robada ha sido comunicada a los rebeldes, y sabemos que tuviste mano en ello. Encontré huellas dactilares y otras evidencias que identificaban al agente rebelde enviado para recuperar los planos. Era Garm Bel Iblis.

El estómago de Armand Isard se plegó sobre sí mismo.

—¿Bel Iblis? Imposible. Le hicieron estallar. La bomba mató a toda su familia.

—Oh, buena actuación, padre, muy buena actuación, pero ambos sabemos que eso no es verdad, ¿no? —Ella se rió levemente—. Se lo hiciste saber a Bel Iblis y conseguiste que saliera del alcance la bomba. No iba dirigida a él, de cualquier modo: querías muerta a su esposa, Arrianya. Era el último vínculo que él tenía con el Imperio. Ella era leal al Emperador, así que, a petición de señores rebeldes, la hiciste asesinar, forzando a Bel Iblis a aliarse completamente con la Rebelión.

—Eso es absurdo, completamente falso y absurdo. —Armand se obligó a respirar con normalidad—. No tienes ninguna prueba de todo esto.

—Tú aprobaste la operación que supuestamente mataría a Bel Iblis, así que sabías claramente cómo frustrarla. Y me enviaste a una misión que sabías que fracasaría para eliminarme. Usarías mi muerte a manos del Emperador como excusa para acercarte a la Rebelión. Contigo allí para revelarles los secretos del Imperio, y las tarjetas de datos de la Estrella de la Muerte eran prueba de que podías revelarlos, te darían la bienvenida. Derrocarías al Emperador, y entonces traicionarías a tus compañeros rebeldes y tomarías el trono. Es un plan brillante, padre. Simple, pero muy efectivo.

Armand se puso en pie de un salto y apuntó a los Guardias Reales.

—Arrestadla. Es evidente que se ha pasado a la Rebelión y ha urdido esta historia para eliminarme, paralizando el esfuerzo para encontrar y destruir a los rebeldes.

Ninguno de los Guardias Reales de armadura escarlata se movió.

Ysanne Isard se levantó y alisó lentamente su túnica.

—Están aquí, padre, para llevarte ante el Emperador. Creo que desea discutir contigo el rumbo del resto de tu vida. Va a ser una breve conversación.

Armand Isard miró boquiabierto a su hija, y entonces cerró su boca y suspiró.

—Esperaba esto algún día, ¿sabes, Ysanne?

—Por supuesto, soy tu hija. —Ella rodeó el escritorio por un lateral y le besó en la mejilla—. Todo ha acabado para ti, padre. Pero no temas. —Se dejó caer en la silla—. El legado de los Isard está en buenas manos.